

¿ME DAS FUEGO MARCIANO?

joseph berna

CIENCIA FICCION



¿ME DAS FUEGO MARCIANO?

joseph berna

CIENCIA FICCION

JOSEPH BERNA

¿ME DAS FUEGO, MARCIANO?

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

321 -Planeta en agonía.-*Glenn Parrish.*

322 -La amenaza murida.-*A. Thorkent.*

323 -Larvas.-*Adam Surray.*

324 -Antiplaneta.-*Glenn Parrish.*

325 -El señor del fuego.-*Clark Carrados.*

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO nº 326

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA -BOGOTÁ- BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 36.680 -1976

Impreso en España -Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, asi como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Valles (N-152, Km 21, 650) Barcelona- 1976

.

CAPITULO PRIMERO

Dean Steward, veintiocho años de edad, uno ochenta y cinco de estatura, setenta y ocho kilos de peso, pelo castaño, cara bastante dura -no porque tuviera los rasgos duros, sino por lo otro-, manos demasiado largas -y no precisamente por la longitud de las mismas, sino también por lo otro-, vio cómo Lorena Parker, la chica a la que estaba abrazando, le ponía las suyas en el pecho y empujaba con

fuerza, obligándole a separarse de ella.

Lorena Parker era una joven de rostro bonito y formas bastante más que aceptables. Tenía el cabello negro y corto, los ojos verdes, grandes y luminosos, protegidos por unas pestañas preciosas, los dientes menudos, muy blancos. Contaba veintitrés años.

Dean y Lorena se hallaban sentados en el moderno diván de una amplia sala de estar, amueblada con exquisito gusto.

-¿Por qué me rechazas, Lorena...? -preguntó él, poniendo cara de extrañeza.

-Porque te estás pasando, Dean -respondió ella, con gesto de enfado, al tiempo que se estiraba un poco la breve faldita.

Pese al estironcito, sus perfectos miembros inferiores continuaron visibles, en buena parte.

Steward sonrió y quiso rodearla de nuevo con sus brazos, pero la joven no se lo permitió.

-Basta, Dean.

-¡Eh! ¿Qué diablos te pasa, Lorena?

-Soy una chica decente, ¿te enteras?

-Eso en ningún momento lo he puesto en duda.

-No, ¿eh?

-Te lo juro.

-Entonces, es que te importa un pito que lo sea.

-¿Por qué dices eso?

-Tú sabes bien por qué lo digo -gruñó la joven, abrochándose el botón superior de la ajustada blusa.

Dean Steward carraspeó.

-Mujer, por un par de besos, no creo que...

-No han sido un par de besos, sino trece -replicó ella.

Steward enarcó las cejas.

-¿Tantos...?

-Los he contado muy bien. Y si sólo fueran los besos...

Steward volvió a carraspear.

-Si te refieres a las caricias, tampoco creo haberte faltado al respeto en ese aspecto.

-Porque yo te frené las manos a tiempo, que si no...

Steward sacudió la cabeza lentamente.

-Eres injusta conmigo, Lorena.

-Narices, soy injusta.

-Me gustas mucho, ¿sabes? Tal vez por eso, en algún momento, me haya mostrado excesivamente apasionado.

-En algún momento, no; en muchos momentos.

Dean Steward se llevó las manos a la espalda y sonrió.

-¿Puedo besarte así?

-No.

-¿Tampoco con las manos a la espalda...?

-Se acabaron los besos por esta noche, Dean.

-Según tú, han sido trece, ¿no?

-Exacto.

-Ese es un mal número, Lorena.

-No me digas que eres supersticioso.

-¡Oh, sí, muchísimo! -mintió Steward.

-Pues lo siento por ti.

-Lorena... -insistió él.

-¡He dicho que no! Y como intentes besarme por sorpresa, te pondré la mejilla gorda de una bofetada, te lo advierto.

Todavía flotaban en el aire las últimas palabras de Lorena Parker, cuando se escuchó un sonoro «¡plaf!», procedente de la estancia contigua.

-Hombre, hablando de bofetadas... -rezongó Dean Steward.

-Arlene acaba de darle una buena a Rudy -adivinó Lorena, sonriendo.

-Pobre Rudy -murmuró Steward.

-De pobre, nada -repuso la joven-. Cuando Arlene le ha sacudido, sus motivos tendrá.

En aquel momento entró en la sala de estar Arlene Dolan, una joven de unos veinticuatro años, cabello largo y rojizo, rostro muy atractivo, busto desarrollado y amplias caderas. Vestía, como su amiga, una faldita muy corta y una blusa que la ceñía lo suyo.

Se advertía claramente que Arlene estaba furiosa.

-¿Qué ha pasado, Arlene? -le preguntó Lorena.

-Que el sinvergüenza de Rudy, que por lo visto tiene aficiones de explorador, confundió mi cuerpo con una jungla, y quiso explorarla, por lo que me vi obligada a llenarle la cara de dedos.

-Parecidos problemas he tenido yo con Dean.

Steward tosió ligeramente.

-¿Le has sacudido también? -preguntó Arlene.

-No -respondió Lorena-. Pero estaba a punto de hacerlo cuando escuché cómo le atizabas tú a Rudy.

-Al bribón de Rudy.

-Son dos pájaros de aupa.

Rudy Lemmon se dejó ver en el hueco de la puerta, frotándose la mejilla zurda. Era más corpulento que Dean Steward, pero no tan alto. Tenía el pelo rubio y un rostro simpático. Estaba a punto de cumplir los treinta años.

-¿Has oído, Dean? -rezongó, acercándose al diván.

-Sí, he oído -asintió Steward.

-Me ha dado tan fuerte, que la muela del juicio se me ha quedado floja -dijo el rubio, moviendo las mandíbulas.

-¡Ojala se te suelte y te la tragues! -deseó la pelirroja Arlene.

-¿Te das cuenta, Dean? Arlene tiene un genio de mil diablos, y no es nada comprensiva.

-¡Lo que no es Arlene es una cualquiera! -replicó la joven, enfureciéndose más.

-¡Eh, un momento! -exclamó Rudy-. Que yo sólo trataba de...

-¡Sé muy bien lo que pretendías, tarántula! -le cortó Arlene. Después, mirando a su amiga, sugirió-: ¿Qué te parece si nos largamos de aquí, Lorena?

-Es una buena idea -asintió Lorena, poniéndose en pie-. No somos la clase de chicas que Dean y Rudy necesitan para pasarse una agradable velada.

-Esperad... -rogó Steward, levantándose también del diván.

-No, Dean, nos vamos -dijo Lorena.

-Pero...

-Buenas noches, muchachos.

-¡Adiós, pareja de frescos! -espetó Arlene, y les sacó la lengua, en graciosa mueca.

Las dos jóvenes caminaron hacia la puerta y abandonaron la estancia.

-¡Hemos de hacer algo, Rudy! -exclamó Steward.

-Nada, Dean -repuso Lemmon, moviendo la cabeza-. No podemos hacer nada.

-Maldita sea... -rezongó Dean Steward, corriendo hacia la puerta y saliendo de la estancia.

Rudy Lemmon lanzó un suspiro y se dejó caer en el diván.

Extrajo sus cigarrillos, se llevó uno a los labios y le prendió fuego con su encendedor electrónico.

Un par de minutos después, Dean Steward entraba de nuevo en la estancia, maldiciendo a media voz.

-No has podido hacerles cambiar de idea, ¿verdad? -dijo el rubio.

-No, se han largado -gruñó Steward, sentándose nuevamente en el diván.

-Es una lástima, por que las chicas valían la pena.

-Sí -convino Dean-. Pero hemos ido demasiado de prisa con ellas.

-Hemos ido como siempre.

-Lorena y Arlene no son como las demás.

-¿Me lo dices o me lo cuentas? -rezongó Lemmon, pasándose los dedos por la mejilla, que continuaba irritada.

-Dame un cigarrillo, anda -pidió Steward, sonriendo ligeramente.

El rubio le pasó la cajetilla, y Dean encendió un pitillo.

Acababa de expulsar la primera bocanada de humo, cuando el timbre de la casa se puso a sonar con insistencia.

Steward y Lemmon se miraron, con gesto de sorpresa.

-¿Ellas, Dean? -murmuró el segundo.

-¿Quién, si no? -exclamó Steward, brincando del diván.

-Se habrán dejado algo, seguro.

-¡O se lo han pensado mejor, y vuelven a pasar la velada con nosotros!

-No nos caerá esa breva, Dean.

-¡Pesimista!

-Pesimista, no; realista.

-¿Te apuestas diez pavos a que son ellas, y vuelven para quedarse con nosotros?

-Apuesta aceptada. Y conste que me gustaría perderla.

-¡Anda, vamos a abrir!

Rudy Lemmon se levantó del diván, y siguió a su amigo.

Segundos después, éste abría la puerta.

Sí.

Eran ellas.

Lorena Parker y Arlene Dolan.

Dean Steward, sonriendo, dijo:

-Habéis comprendido que era una tontería marcharos, ¿verdad? Claro, si en realidad no había motivo para ello... ¿No es cierto, Rudy? -le preguntó a su compañero.

El rubio carraspeó.

-Hombre... -fue todo lo que dijo.

Lorena, ceñudamente, interrogó:

-¿Qué le habéis hecho a mi coche, granujas?

-¿Nosotros...? -exclamó Steward, sorprendido.

-¿Quién, si no? -intervino Arlene, agriamente.

-¿Qué le pasa a tu coche, Lorena...? -inquirió Lemmon.

-Que no va. El motor no se pone en marcha, las luces no se encienden, la radio no funciona.

-¿Para qué te molestas en explicárselo, Lorena? -volvió a terciar la pelirroja Arlene-. De sobra saben ellos lo que le pasa a tu coche. Lo estropearon deliberadamente, para que no pudiéramos marcharnos.

-Nosotros no hemos hecho nada, Arlene -aseguró Steward.

-Absolutamente nada -corroboró Lemmon.

-¿Y quién os cree? -replicó Lorena.

-Veamos qué le pasa al coche -suspiró Dean, saliendo de la casa, que estaba situada a unos cuarenta kilómetros de Las Vegas, Nevada.

Pertenecía a un tío de Steward, y estaba rodeada de tupido césped y muchos árboles.

Las luces de la casa permanecían encendidas, iluminando los alrededores.

Dean Steward alcanzó el coche de Lorena Parker, de línea deportiva, y se introdujo en él.

Comprobó, que en efecto, el motor no se ponía en marcha, las luces no se encendían y la radio no funcionaba.

Salió del coche, levantó la tapa del motor y echó un vistazo.

No encontró nada anormal.

-Debe ser la batería, Lorena, que está agotada -dijo, porque no cabía otra explicación.

La joven, que se había aproximado al coche, al igual que Arlene y Rudy, repuso:

-Imposible, puesto que la cambié hace apenas dos semanas.

-Entonces, no sé qué diablos ocurre.

-¡Que no lo sabe, dice! -exclamó Arlene-. ¡Tendrán la cara dura, los muy...!

-Os repito, una vez más, que nosotros no hemos causado la avería -aseguró Steward-. Y para demostraros que es cierto, os llevaremos a la ciudad en mi coche.

-¡Y va a ser ahora mismo! -exigió Arlene.

-Demonios, qué carácter... -masculló Lemmon, por lo bajo.

-¡Deja de meterte con mi carácter, o te dejo cojo de un puntapié, Rudy! -amenazó ella.

El rubio pegó un brinco, y se apartó de la pelirroja.

-Con la bofetada tengo suficiente, Arlene.

Dean Steward fue hacia su coche, que estaba a unos metros del de Lorena Parker. Mientras abría la portezuela, indicó:

-Rudy, cierra la puerta de la casa.

Lemmon fue hacia la casa.

Lorena y Arlene se acercaron al coche de Steward.

Este ya se había sentado al volante.

Accionó la llave de contacto, pero no logró poner el motor en marcha, pese a que lo intentó varias veces.

Extrañado, pasó a encender las luces.

Tampoco funcionaban.

Ni la radio.

-¿Qué pasa, Dean? -inquirió Lemmon, que ya se hallaba junto al coche de Steward.

-No lo sé, Rudy.

-¡Teatro, puro teatro! -exclamó Arlene-. ¡Lo habéis preparado todo para que Lorena y yo no podamos marcharnos!

-¡Y dale! -gruñó Lemmon-. Qué perra has cogido con eso de que todo ha sido tramado por nosotros, ¿eh, guapa?

-¿Acaso cabe otra explicación? -intervino Lorena.

Steward, mirando seriamente a las chicas, dijo:

-No hay ninguna explicación para lo que está sucediendo. Al menos, lógica. Por eso será mejor que entremos todos en la casa -sugirió, descendiendo del vehículo.

-¡Y un cuerno! -gritó Arlene-. ¡Eso es lo que vosotros queréis, pareja de lobos, que volvamos a la casa, para abusar de nosotras!

-¡Basta ya, Arlene! -se enfadó Steward-. Es posible que Rudy y yo no nos hayamos comportado muy correctamente con vosotras, pero de eso a pensar que todo esto ha sido urdido por nosotros para cometer

una salvajada con vosotras, media un abismo. Si os pido que entréis en la casa es porque no me gusta nada lo que está pasando. No quisiera asustaros, pero es posible que algún peligro nos esté acechando, a los cuatro.

-¡A los cuatro, no, sólo a nosotras dos, porque el peligro sois vosotros! -repuso la pelirroja.

-Nada, que no hay manera de apearla del burro -rezongó Rudy.

Dean Steward, colmándose de paciencia, miró a Lorena Parker, y rogó:

-Por favor, Lorena, convence a Arlene de que los cuatro estaremos más seguros de la casa.

-¿Y quién me convence a mí? -replicó ella, ceñuda.

-¿Es que también tú crees que Rudy y yo tenemos el propósito de abusar de vosotras?

-Es posible que no, pero...

-Lorena, te doy mi palabra de que eso ni siquiera pasó por nuestra imaginación. No somos unos salvajes.

La joven vacilo.

-Está bien, entremos en la casa -accedió finalmente.

-¡Lorena! -exclamó su amiga, agrandando los ojos-. ¿Cómo puedes fiarte de este par de zorros?

-No tenemos alternativa, Arlene. Si intentan alguna fechoría, nos defenderemos con uñas y dientes.

-¡Mira que son muy fuertes, especialmente Rudy!

-Como que los amigos me llaman King-Kong -repuso el rubio, irónico, y se dio unos cuantos puñetazos en el pecho.

-¡De eso tienes cara, de gorila! -espetó Arlene.

-Basta ya de discusión -intervino Steward-. Venga, entremos en la casa -indicó, echando a andar.

Lemmon también movió las piernas.

Lorena tuvo que coger del brazo a Arlene y tirar de ella, porque la pelirroja se había quedado donde estaba.

Steward abrió la puerta con su llave y dejó que Rudy y las chicas entrasen primero, y luego lo hizo, él, cerrando a continuación.

Pasó la cadena de seguridad.

-¿De veras piensas que corremos algún peligro, Dean? -le preguntó Lorena Parker, preocupada.

-Podría ser, sí -respondió Steward.

-Entonces, será mejor que llames a la policía.

-Es lo que pensaba hacer.

Se dirigieron los cuatro a la sala de estar.

El teléfono descansaba sobre la mesa ratonera.

Steward se disponía a descolgar el auricular, cuando, súbitamente, se apagaron las luces y todo quedó a

oscuras.

Lorena y Arlene lanzaron sendos grititos de sorpresa.

-¿Qué es esto, Dean...? -preguntó Lemmon.

-Un apagón.

-¿Accidental o intencionado?

-Me. temo que se trata de lo segundo, Rudy. La persona o personas que han inutilizado mi coche y el de Lorena, nos han dejado también a oscuras.

-Telefonea a la policía Dean -apremió Lorena.

-¡Sí, de prisa! -rogó Arlene, empezando a comprender que lo que estaba sucediendo no era cosa de Dean y Rudy.

Steward se metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, extrajo su encendedor electrónico y lo accionó.

No se encendió.

Steward insistió, pero fue inútil, la llama no brotaba.

-Mi encendedor no funciona, Rudy -dijo-. Enciende tú el tuyo, y acércalo al teléfono, para que pueda marcar el número de la policía.

Lemmon extrajo el suyo y lo accionó.

Tampoco se encendió.

-¡El mío tampoco funciona, Dean! -hizo saber el rubio.

-Me lo temía -masculló Steward.

-¿Qué está pasando aquí, Dean...? -inquirió Lorena, nerviosamente.

-No lo sé, Lorena. Parece como si una fuerza extraña y misteriosa hubiese absorbido por completo la electricidad en este sector. Los coches, la casa, los encendedores...

-Mira a ver si el teléfono funciona, Dean -indicó Lemmon.

-Te apuesto a que no, Rudy -repuso Steward, descolgando el auricular y acercándoselo al oído. Tras guardar silencio durante unos segundos, informó-: No da ninguna señal.

Arlene Dolan se abrazó a Lorena Parker.

-Tengo miedo, Lorena... -susurró.

-Tranquilízate, Arlene -oyó decir a Rudy Lemmon, al tiempo que unos brazos fuertes la estrechaban cariñosamente.

-¡Eh, tú no eres Lorena! -exclamó la pelirroja, respingando.

-No, claro que no. Yo soy Rudy.

-¿Y quién te ha dado permiso para abrazarme?

Lemmon carraspeó.

-Mujer, como tú te habías abrazado a mí, pensé que...

-¡Ha sido una equivocación, motivada por la oscuridad! ¡Yo quería abrazarme a Lorena!

-¿Y no te alegras de haberte equivocado?

-¡Naturalmente que no! -respondió Arlene, pero no hizo nada por

soltarse de los vigorosos brazos del rubio, porque entre ellos se encontraba más segura.

-Pues yo sí, ya ves -repuso Lemmon.

-¡Fresco!

-Yo te protegeré, no te preocupes.

-Es lo menos que puedes hacer, ya que te estás aprovechando de mí.

-Sólo trato de infundirte ánimos, Arlene.

La pelirroja no replicó esta vez, pero continuó pegada al pecho masculino.

Lorena se había cogido del brazo de Dean Steward.

-Dean... -murmuró.

-¿Sí, Lorena?

-Yo también estoy muy asustada...

Steward la rodeó con sus brazos.

-Serénate, Lorena. Rudy y yo os defenderemos de quien sea o de lo que sea.

Ella se abrazó fuertemente a él.

Durante bastantes segundos, ninguno de los cuatro habló.

Dean Steward soltó a Lorena Parker, y rompió el silencio:

-Descorreré las cortinas. La noche es clara, y nos permitirá ver algo.

-Voy a contigo, Dean -dijo Lorena, que no quería separarse de él.

Avanzando despacio, porque la oscuridad en la estancia era absoluta, alcanzaron el amplio ventanal.

Steward localizó el cordón, tiró de él y las cortinas se recogieron, dejando, ver el exterior de la casa.

El grito de terror que brotó de la garganta de Lorena Parker fue tan agudo que ensordeció momentáneamente los oídos de Dean Steward,

Rudy Lemmon y Arlene Dolan.

CAPITULO II

Dean Steward se quedó paralizado por la sorpresa, al tiempo que un largo y profundo estremecimiento le recorría el cuerpo, de pies a cabeza.

Se dijo que no, que aquella escalofriante imagen que estaba contemplando sus ojos no podía ser real.

Sin duda, estaba dormido y no era más que una pesadilla.

Horrenda, eso sí, pero pesadilla, al fin y al cabo.

En cuanto se despertase, aquella espeluznante visión desaparecería instantáneamente, y él se encontraría tendido en la cama de su dormitorio.

¿Por qué no se despertaba ya, maldita sea?

El segundo grito que emitió la garganta de la aterrada Lorena Parker, tan agudo como el primero, le obligó a admitir la realidad.

No, no se trataba de ninguna pesadilla, porque él estaba despierto y bien despierto, y lo que estaban viendo sus ojos era tan real como él mismo.

Rudy Lemmon y Arlene Dolan, desde su posición, no alcanzaban a ver a través del ventanal, por lo que, al oír chillar de aquella forma tan sobrecogedora a Lorena Parker, se separaron y corrieron hacia el ventanal.

Cuando lo alcanzaron, y miraron a través de los cristales, se quedaron de hielo.

Arlene, horrorizada, quiso gritar tan fuerte como Lorena, pero a ella no le salió la voz.

Rudy, cuyos ojos se habían dilatado al máximo murmuró:

-Esto no puede ser cierto, Dios...

-Lo es, Rudy -dijo Steward, con extraña voz-. Esa «cosa» que estamos viendo los cuatro, ahí afuera, a menos de seis metros de la casa, es real.

-¡Es un ser alucinante!

Sí.

Alucinante de verdad.

Medía alrededor de los dos metros treinta centímetros, y aunque, como los seres humanos, tenía una cabeza, un tronco, y cuatro extremidades, dos superiores! y dos inferiores, su forma era bien distinta.

La cabeza, excesivamente gruesa en su parte superior, iba estrechándose a medida que se acercaba al cuello, muy delgado. Sus ojos eran dos bolas perfectamente redondas, que sobresalían mucho; por lo menos tres veces más grandes que los ojos humanos, y tenían un brillo metálico, casi cegador. La nariz, en cambio, era pequeña, sólo tenía un orificio, y apenas sobresalía. La boca, de labios muy gruesos, y debido a la estrechez de la cabeza a esa altura, le cruzaba la cara de lado a lado, hasta rozarle materialmente la parte inferior de lo que debían ser las orejas, dos apéndices rarísimos, pues, cuando salían de la cabeza, es decir, en su nacimiento, eran delgados como un dedo, para ir agrandándose poco a poco hasta alcanzar el grosor de un puño, aunque vacío, como la boca de una trompeta.

De la parte superior del tronco, algo más estrecho que el de un ser humano, nacían los brazos, que eran talmente dos tentáculos de pulpo, gruesos en principio, para ir haciéndose más delgados a medida que descendían. La misma forma tenían las piernas, aunque estos miembros eran más largos y gruesos que los superiores.

No tenía, pues, ni pies ni manos, por lo que, para sostenerse erguido sin perder el equilibrio, mantenía enrollados los extremos de los tentáculos inferiores, de lo cual se deducía que el espantoso ser, para avanzar, girar o retroceder, sin perder la verticalidad, tendría que hacerlo a saltos.

El ser, cuya piel era de color verde oscuro, llevaba un ancho cinturón plateado en la parte media de su cuerpo, del cual pendían algunos objetos de formas muy raras, resultando imposible adivinar para qué servía cada uno de ellos.

Bajo el cinturón, y cubriéndole todo el tronco, llevaba una especie

de malla dorada, metálica, al parecer, que lanzaba continuos destellos.

Podía ser una coraza para proteger los órganos vitales de su cuerpo del ataque de sus enemigos, o simplemente su forma de vestir.

El horripilante ser permanecía quieto como una estatua, con los ojos fijos en el ventanal desde el cual estaba siendo observado por Dean Steward, Rudy Lemmon, Lorena Parker y Arlene Dolan.

-¡Es un ser de otro mundo! -exclamó Lorena, con los ojos desencajados por el terror y el rostro blanco como el mármol.

-Sí, es un extraterrestre, de eso no hay duda -asintió Steward.

-¡Nos matará! -gritó Arlene, muy pálida también-. ¡Nos matará a los cuatro!

-Tranquilizaos, que eso no sucederá -aseguró Steward-. Si hubiera querido acabar con nosotros, lo habría hecho cuando estábamos los cuatro fuera, junto a los coches. Nos estaba observando, oculto entre los árboles, seguro. Si nos ha permitido entrar de nuevo en la casa es porque...

Al ver que Steward se había interrumpido, Arlene inquirió:

-¿Por qué nos permitió entrar en la casa, Dean?

-¡Porque nos quiere atrapar vivos! -exclamó Lorena, horrorizándose más.

-¡No, Dios mío! -gimió Arlene, sintiendo que las rodillas le flaqueaban-. ¡Prefiero mil veces la muerte a caer en manos de un ser tan monstruoso como ése!

Rudy Lemmon, adivinando que la pelirroja iba a des; plomarse de un momento a otro, le pasó un brazo por la cintura y la sostuvo.

-Cálmate, Arlene. Si es verdad que el marciano desea atraparnos vivos, trabajo le va a costar.

-¿Por qué piensas que es un marciano? -murmure Lorena, extrañada.

-De algún modo hemos de llamarle, ¿no? Además, no hace mucho, vi una película de marcianos, y también tenían la piel verdosa y una figura horrible... Mientras no sepamos de dónde proviene esa especie de hombre pulpo, cuya cabeza parece una pera en posición inversa a

como penden de las ramas de un peral, yo le llamaré marciano, aunque no lo sea.

El alienígena continuaba completamente inmóvil, observándolos con sus enormes y redondos ojos.

De pronto, sus tentáculos inferiores tomaron impulso y se elevaron del suelo unos treinta centímetros.

Cuando de nuevo se posaron sobre el césped, el extraterrestre se hallaba ya a sólo tres metros de la casa.

Lorena y Arlene chillaron a un tiempo.

-¡Ya viene por nosotros, Dean! -exclamó Lemmon;

-Eso parece, Rudy -dijo Steward, sin perder la serenidad-. Retrocedamos, rápido -indicó, cogiendo por un brazo a Lorena Parker.

Se apartaron los cuatro del ventanal.

El extraterrestre dio un nuevo salto hacia adelante; similar al anterior, y quedó a menos de medio metro del ventanal.

Lorena y Arlene volvieron a gritar, llenas de pánico:

-¿Crees que romperá los cristales y entrará por el ventanal, Dean? -preguntó Lemmon.

-Todo parece indicar que sí, Rudy.

-Entonces, lo que debemos hacer es alcanzar la puerta y, cuando el marciano se colé por el ventanal, nos otros saldremos de la casa corriendo como balas.

-Tal y como salta ese ser, dudo que consigamos dejarlo atrás por mucho que corramos, Rudy.

-Si nos quedamos en la casa, nos será más difícil librarnos de él, Dean -repuso el rubio.

-Creo que tienes razón, Rudy.

-¡Mirad! -exclamó Lorena, extendiendo un brazo hacia el ventanal-. ¡El marciano está cogiendo uno de los objetos que lleva enganchados al cinturón!

Era cierto.

El alienígena, con el extremo de su tentáculo superior derecho, atrapó hábilmente un tubo cilíndrico de unos quince centímetros de longitud y cinco de grosor y apuntó con él hacia el ventanal.

-¡Salgamos de aquí, de prisa! -gritó Dean Steward.

Corrieron los cuatro hacia la puerta de la sala de estar.

Al mismo tiempo, de la boca del tubo cilíndrico que había tomado el extraterrestre de su cinturón, brotaba una llamarada azulada que fue a chocar contra los cristales.

Estos, durante unos pocos segundos, se tornaron rojizos, y luego desaparecieron.

Dean Steward, antes de abandonar la sala de estar, giró la cabeza.

También Rudy Lemmon y las chicas.

-¡Los cristales han desaparecido! -exclamó el rubio, lleno de asombro.

-Sí, los ha fundido con ese extraño objeto que esgrime -dijo Steward.

-¡Se dispone a entrar en la casa! -gritó Lorena, viendo cómo el extraterrestre elevaba lentamente uno de sus tentáculos inferiores y lo pasaba por el ventanal.

-¡Está entrando ya! -chilló Arlene.

-¡Rápido, hacia la puerta! -ordenó Steward.

Lograron alcanzarla en pocos segundos, pese a la dificultad que suponía la oscuridad que, por culpa de aquel horroroso ser de otro mundo, reinaba en la casa.

Rudy abrió la puerta rápidamente.

Respingaron los cuatro al unísono, porque allí, ante ellos, a poco más de un metro de la puerta, estaba: el alienígena, con el tubo cilíndrico en el extremo de su tentáculo superior derecho.

El rubio se apresuró a cerrar la puerta de golpe.

-¡Diablos, sí que es rápido el tío! -exclamó.

-Suponiendo que se trate del mismo ser de antes! -dijo Steward.

-¿Es que piensas que hay más, Dean...? -preguntó Lorena.

-Es probable.

-¿Y por dónde salimos ahora? -inquirió Arlene, con temblorosa voz.

-Trataremos de hacerlo por alguna de las ventanas que dan a la parte de atrás de la casa -decidió Steward-. ¡Vamos, de prisa!

Empezaron a moverse en aquella dirección.

De pronto, un resplandor rojizo surgió detrás de ellos.

Los cuatro volvieron la cabeza a un tiempo.

-¡La puerta! -exclamó Lorena.

-¡Se está fundiendo, como los cristales! -gritó Arlene.

-¡Menudo soplete se gasta el marciano! -rezongó Rudy.

-¡De prisa, no perdamos tiempo! -exclamó Dean.

Iban a ponerse de nuevo en movimiento, cuando, por la puerta de la sala de estar, apareció el extraterrestre.

-¿No te dije que había más de uno, Rudy? -masculló Steward-. Ése es el primero que vimos. El que ha fundido la puerta es otro.

-¡Es cierto, ahí viene también! -gritó Lorena.

En efecto.

La puerta había desaparecido por completo, y el otro extraterrestre se disponía a penetrar, también a la casa.

-¡Corramos! -gritó Dean Steward, tirando de Lorena Parker.

Rudy Lemmon tiró a su vez de Arlene Dolan.

La claridad de la noche, que se filtraba ahora por el hueco de la puerta de la casa, les permitió avanzar con mayor rapidez que antes.

Alcanzaron una de las estancias cuya ventana daba a la parte de

atrás de la mansión y se introdujeron rápidamente en ella, cerrando la puerta.

Steward, sin soltar a Lorena, se acercó a la ventana y apartó las cortinas.

-¡Oh, no! -gimió la joven, retrocediendo un paso.

-¡Otros dos! -exclamó Arlene, sintiéndose desfallecer de pánico. Era cierto.

A tres metros escasos de la ventana había otros dos alienígenas, tan idénticos a los primeros que no podía saberse si se trataba de éstos o de otros.

Sin embargo, Steward, Lemmon y las chicas estaban seguros de que no se trataba de los mismos de antes, sino de otros.

Había, pues, cuatro monstruosos seres de aquellos por lo menos.

-¿Qué hacemos ahora, Dean? -inquirió Lemmon.

-Me temo que sólo podemos hacer una cosa, Rudy: enfrentarnos a ellos -respondió Steward.

CAPITULO III

-¿Enfrentarnos a ellos...? -repitió Lemmon.

-No tenemos alternativa, Rudy -dijo Steward-. Intentar huir, sin luchar contra esos seres, ya no es posible. Ahí afuera tenemos a dos. Al otro lado de la puerta, a otros dos. Con una de las dos parejas tenemos que enfrentarnos, si queremos evitar que nos atrapen y nos lleven con ellos.

-¿Y con qué vamos a hacerles frente? No disponemos de arma alguna, y para darle un puñetazo en la cara a uno de esos marcianos, con lo altos que son, tendríamos que subirnos a una silla.

-Lo haremos al revés, Rudy. En vez de subirnos a una silla, les atizaremos con ella.

-¿Luchar a silletazo limpio contra los marcianos...?

-¿Qué otra cosa podemos hacer?

-Bueno, no dejará de ser original...

-Venga, atrapa una silla.

-Ya la tengo -dijo el rubio, cogiendo una por el respaldo y elevándola por encima de su cabeza.

Steward atrapó otra.

-¡No lograréis nada, Dean! -exclamó Lorena. -¡Os desintegrarán con esos extraños tubos que manejan! -dijo Arlene.

-No os preocupéis, no los usarán contra nosotros -repuso serenamente Steward-. Está claro que nos quieren con vida.

-Sí, pero como les hagamos pupa con las sillas. -rezongó Lemmon.

-Preparado, Rudy. Cuando yo, abra la ventana, tú y yo saltaremos por ella y atacaremos a esos dos seres.

-Estoy listo, Dean.

-Lorena, tú y Arlene saldréis inmediatamente de pues y echaréis a correr con todas vuestras fuerzas.

-¿Sin esperar a ver cómo...?-murmuró la joven.

-No tenéis nada que esperar. Si Rudy y yo logramos deshacernos de esos dos seres, ya os alcanzaremos, y si no, mala suerte. Vosotras no os detengáis ni un segundo.

-¡La puerta, Dan! -exclamó Lemmon-. ¡Se está fundiendo!

-¡Afuera, rápido! -gritó Steward, abriendo la ventana bruscamente.

Él y Rudy saltaron por ella, cargados con las sillas.

Lorena y Arlene saltaron a continuación.

-¡Para ti el de la derecha, Rudy! -indicó Steward;

-¡Voy por él! -masculló el rubio, saltando hacia el alienígena que le había tocado en suerte.

Steward lo hizo hacia el otro extraterrestre, al tiempo que gritaba:

-¡Lorena, Arlene, corred!

Las dos jóvenes emprendieron una veloz carrera hacia los árboles.

-¡Con mis saludos, marciano! -dijo Lemmon, descargando la silla contra el cuerpo del extraterrestre.

El escalofriante ser desplazó el tronco hacia su derecha, con increíble rapidez, y la silla que sostenía Rudy sólo golpeó el aire, lo cual motivó que el rubio perdiera el equilibrio y se fuera de bruces contra el suelo, perdiendo la silla.

El otro alienígena también esquivó hábilmente el silletazo de Steward, y éste, al igual que Lemmon, se estrelló contra el suelo.

-Maldita sea... -masculló el rubio-. No sabía que los marcianos fuesen tan hábiles burlando golpes, Dean.

-Pues ahora ya lo sabes -rezongó Steward-. Vamos de nuevo con ellos, Rudy.

Steward fue a coger su silla, pero el extraterrestre a quien él había tratado de derribar de un silletazo, hizo funcionar su tubo cilíndrico, cuya llamarada azulada alcanzó la silla.

Esta se tornó rojiza, por un momento, y luego se desintegró.

Lo mismo sucedió con la silla que había utilizado Lemmon para atacar al otro alienígena, pues éste había hecho funcionar su tubo cilíndrico.

-Nos quedamos sin «armas», Dean -rezongó el rubio, poniéndose en pie.

-Sí, Rudy. Ahora, sólo podemos atacarles con los niños -dijo Steward, levantándose también.

-Y alguna que otra patada a las espinillas.

-Esos seres no tienen espinillas, Rudy.

-A los tentáculos inferiores, quise decir. Me imagino que un buen punterazo en ellos también les debe doler lo suyo, ¿no?

-Sí, supongo que sí.

-¡Mira! -exclamó el rubio-. ¡Los otros dos marcianos están saltando

por la ventana!

-Esto se pone feo, Rudy.

-¡Toma! ¿Es que no lo estaba ya?

-Se impone la huida.

-¡Completamente de acuerdo!. -Como las chicas corrieron hacia la izquierda, nosotros lo haremos hacia la derecha.

-¡Buena idea!

-¡Corramos, Rudy!

-¡Ya soy una flecha!

Steward y Lemmon salieron disparados hacia los árboles de la derecha.

Los cuatro alienígenas, durante algunos segundos, permanecieron quietos.

De pronto, uno de ellos separó sus gruesos labios y emitió unos sonidos que se parecían bastante al croar de las ranas.

Inmediatamente, dos de los extraterrestres partí ron hacia los árboles de la derecha, dando unos saltos verdaderamente gigantescos, de seis, siete y hasta ocho metros de longitud.

Los otros dos lo hicieron hacia los árboles de la izquierda, por donde habían desaparecido Lorena Parker y Arlene Dolan.

Dean Steward y Rudy Lemmon corrían como dos consumados atletas, pero aun así, los dos alienígena que les perseguían los tenían cada vez más cerca.

Rudy, sin dejar de correr, volvió la cabeza para ver si los extraterrestres les perseguían.

-¡Dean! -gritó.

Steward también giró la cabeza, sin pararse.

Rezongó una imprecación, al observar los enormes saltos que daban aquellos horripilantes seres de otro planeta y lo rápidamente que se acercaban a ellos.

-¡Ya me temía que no nos serviría de nada correr, Rudy!

-¡Saltan mejor que los canguros!

-Maldita sea... ¿Por qué se le ocurriría a mi hacerse construir una casa en un lugar tan solitario De haber otras casas cerca, podríamos pedir ayuda pero así, estamos solos frente al peligro.

-Frente a los marcianos, querrás decir.

-¡Ya los tenemos prácticamente encima, Rudy!

-¡Yo no me canso más corriendo, Dean, puesto que no sirve de nada! -gruñó Lemmon, parándose.

Dio media vuelta, con la respiración entrecortada, y colocándose los puños delante del pecho, como un boxeador, gritó:

-¡Aquí me tenéis, malditos!

Los dos alienígenas se detuvieron a tres metros escasos del rubio.

Dean Steward, que se había detenido también, a pocos metros de su amigo, regresó junto a éste y masculló:

-Tienes razón, Rudy, correr no sirve de nada.

Lemmon, desafiante, rugió:

-¿A qué esperáis, grandullones? ¡Vamos, acercaos e una vez! ¡Pero si tenéis estómago, como nosotros os terrestres, hacedlo con cuidado, porque como os alcance en él con uno de mis puños, os voy a dejar as tripas hechas una pasta!

El extraterrestre de la derecha movió su tentáculo superior izquierdo y tomó otro de los extraños objetos que llevaba en el ancho cinturón plateado.

El objeto, un tuvo cilíndrico también, era más corto el que el alienígena sostenía en el extremo del tentáculo superior derecho, apenas unos diez centímetros pe longitud, y más delgado también, sólo unos tres centímetros de grosor, con una ranura de apenas medio centímetro en su boca, cruzándola.

El extraterrestre apuntó con él a Rudy Lemmon.

Este, rabioso, se lanzó contra el alienígena, con intención de

golpearle con sus puños e impedirle utilizar aquel nuevo y raro objeto que había tomado de su cinturón.

Por la ranura del objeto surgió un rayo de luz amarillenta, que se estrelló contra el pecho del rubio, antes de que éste pudiera lograr su propósito.

Rudy lanzó un grito.

Su cuerpo tembló durante unos segundos, como sacudido por una descarga eléctrica.

Después se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo, con los ojos cerrados.

-¡Rudy! -rugió Dean Steward, arrodillándose junto a él.

Quiso tomarle el pulso, para ver si estaba muerto.

No pudo.

Del raro objeto que esgrimía el alienígena de la derecha en el extremo del tentáculo superior izquierdo brotó otro rayo de luz amarillenta, que fue a chocar contra el tórax de Dean Steward.

Este emitió un grito.

También su cuerpo, como el de Rudy, tembló durante algunos segundos.

Luego, cayó hacia atrás, quedando tendido de espaldas en el suelo, con los ojos cerrados y la cabeza ladeada.

Lorena Parker y Arlene Dolan corrían como no habían corrido jamás.

Parecía como si el mismo terror que llevaban metido en el cuerpo les hubiese proporcionado un par alas invisibles a cada una.

Sin embargo, los zapatos que tanto la una como otra calzaban, de elevado tacón, no eran de los m apropiados para correr a gran velocidad, y mucho n nos por un terreno como aquél.

Esa fue la causa de que a la pelirroja Arlene se doblase un pie y se precipitase de bruces en el suelo.

Se le escapó un grito de dolor.

-¡Arlene! -exclamó Lorena, dejando de correr.

Regresó rápidamente junto a su amiga y la ponerse en pie.

-¿Te encuentras bien, Arlene?

-Sí, creo que sí -respondió la pelirroja, las rodillas-. ¡Uf!, el bacatazo ha sido tremendo, pe no tengo ningún hueso roto.

-Gracias a Dios.

-¿Qué habrá sido de...?

Lorena Parker miró hacia la casa, que todavía divisaba a lo lejos.

También Arlene Dolan.

-¡Mira, Dean y Rudy tratan de huir! -exclamó Lorena.

-¡Pero lo hacen en dirección opuesta a la nuestra! -observó Arlene.

-Creo saber por qué...

-Para facilitar nuestra huida, ¿verdad? -adivinó la pelirroja.

-Sí.

-Son dos tipos estupendos, ¿no crees?

Lorena sonrió levemente.

-Sí, tienen mucho valor.

-Y las manos muy largas -dijo Arlene, sonriendo también.

Muchos hombres las tienen largas -repuso Lorena.

-Cierto -convino la pelirroja-. Pero Dean y Rudy, mucho más.

-¡Arlene! -gritó Lorena, estremeciéndose-. ¡Dos de esos horribles seres vienen hacia aquí!

-¡El cielo nos proteja! -musitó Arlene, sintiendo que se le erizaba la piel de todo el cuerpo.

-¡Corramos, Arlene!

Las dos jóvenes volvieron a correr tan de prisa orno antes.

Fueron dejando atrás árboles y más árboles.

De pronto, al llegar a un claro, vieron algo que las dejó petrificadas.

En el centro del mismo, posado sobre la tierra, un enorme y extraño aparato metálico, de forma circular, con un diámetro aproximado de treinta meros y una altura no superior a los cinco. Disponía de miradores, todos ellos circulares, aunque no salía ninguna luz a través de ellos.

-¡Es un platillo volante, Lorena! -exclamó Arlene, haciendo un par de gallos con la voz.

-¡La nave de esos horrorosos seres! -adivinó Lorena.

-¡Quizá haya más en su interior!

-¡Seguro!

Lorena notó que alguien le tocaba el hombro.

Creyó que era Arlene, pero cuando ladeó la cabeza, vio que no era una mano lo que descansaba sobre u nombro, sino el extremo de un tentáculo de piel verdosa, lanzó un chillido y se desvaneció.

Arlene se volvió en el acto.

Chilló también, aterrorizada, al ver muy cerca de ella a los dos espeluznantes seres llegados, de otro mundo.

Uno de ellos alargó el tentáculo superior izquierda hacia el rostro de la muchacha, desencajado por horror.

Arlene Dolan no pudo resistir más.

Puso los ojos en blanco y se desplomó, quedando tendida junto a Lorena Parker.

CAPITULO IV

Lorena Parker movió débilmente la cabeza.

Todavía con los ojos cerrados, se llevó una mano a la frente.

Despegó lentamente los párpados.

Lo primero que vio fue un techo metálico.

Y barrotes, muchos barrotes.

Por todos lados.

No tardó en comprender que se hallaba encerrada en una gran jaula metálica.

Ni en adivinar quiénes la habían metido en ella.

¡Los extraterrestres!

¡Se hallaba en poder de aquellos terroríficos seres legados de otro planeta!

Una oleada de frío le recorrió el cuerpo desde el cabello hasta las uñas de los pies, obligándola a estremecerse.

La joven, que ya se había dado cuenta, también, de que estaba tendida en el piso de la jaula, se irguió bruscamente de cintura para arriba y miró a su alrededor con ojos de espanto.

Respingó con fuerza al ver que, cerca de ella, tendidos igualmente sobre el piso de la jaula, se encontraban Dean Steward, Rudy Lemmon y Arlene Dolan.

-¡Dios...! -musitó, cubriéndose la boca con la mano.

Repuesta ya de la sorpresa, gateó hacia Arlene, que vacía boca arriba, y le palmeó suavemente las mías.

-¡Arlene! -llamó, pero sin elevar demasiado la voz, como si temiese ser oída por los extraterrestres y que alguno de ellos apareciera.

Por el momento, no había ninguno en aquella extraña sala, de forma exagonal, en cuyo centro se halla la jaula metálica, que tendría aproximadamente cuatro metros de ancha, otros tantos de larga, pues era cuadrangular, y unos dos y medio de alta.

-¡Arlene! -volvió a llamar Lorena, porque su amiga, pese al palmeo de mejillas, no se recobraba. Se vio obligada a palmeárselas con más fuerza. Al fin, la pelirroja empezó a dar señales de vida Emitió un débil gemido y abrió los ojos.

-¡Lorena! -exclamó, agrandándolos..

-¡Chist! -rogó Lorena Parker, colocándose el dedo índice sobre los labios, verticalmente-. No levantes la voz, Arlene, por lo que más quieras.

Los asustados ojos de Arlene Dolan miraron a lado y a otro.

Respingó nerviosamente al verse rodeada de barrotes metálicos.

-¿Dónde estamos, Lorena...?

-Encerrados en una jaula.

-¿Quién nos ha metido aquí?

-Los extraterrestres.

-¡Dios mío, no! -gimió Arlene, sintiendo un escalofrío.

-Por lo que veo, tú también te desmayaste cuando nos sorprendieron esos horribles seres cerca de la nave.

-Sí, Lorena. Cuando me volví, y vi que uno de ellos alargaba su tentáculo hacia mi cara, se me nubló vista y me caí en redondo, como tú.

-Debieron traernos a su nave mientras estábamos desvanecidas.

Arlene se estremeció visiblemente y compuso una mueca de asco.

-Sólo de pensar que esos seres de pesadilla nos tocaron con sus asquerosos tentáculos, siento náuseas.

-También yo -dijo Lorena.

Arlene, que seguía tendida de espaldas, murmuró:

-¿Qué suerte habrán corrido Dean y Rudy, Lorena?

-La misma que nosotras -suspiró Lorena Parker.

Arlene elevó las cejas.

-¿Quieres decir que también están en poder de...?

Lorena desvió la mirada hacia donde yacían Dean Steward y Rudy Lemmon.

-Ahí los tienes, Arlene.

La pelirroja se incorporó inmediatamente, quedando sentada en el piso de la jaula, como Lorena.

-¡Cielos! -exclamó ahogadamente-. No estarán..., no estarán muertos, ¿verdad?

-Claro que no. Si los extraterrestres les hubiesen matado, no los habrían traído a su nave. Además, cuando esos marcianos, como les llama Rudy, maten a alguien, dudo mucho que se pueda encontrar ni siquiera un pequeño resto del cadáver. Ese tubo cilíndrico que lleva cada uno de ellos, es un arma increíblemente poderosa; lo desintegra todo sin dejar el menor rastro.

-No me lo recuerdes, Lorena -musitó Arlene, pálida como un difunto.

-Ven, vamos a ver si podemos reanimar a Dean y a Rudy -dijo Lorena, gateando hacia ellos.

Arlene la siguió, a cuatro manos también.

Se movían así instintivamente, pues nada les impedía ponerse en pie.

-¿Sabes una cosa, Lorena? -dijo Arlene, cuando ya estaba junto a Rudy Lemmon.

-¿Qué? -preguntó Lorena Parker, junto a Dean Steward.

-Me alegro de que Dean y Rudy cayesen también en poder de los extraterrestres.

-¡Arlene! -exclamó Lorena, recriminándola con la mirada-. ¿Corno puedes decir eso?

La pelirroja encogió ligeramente los hombros.

-Ya sé que no está bien alegrarse del mal de nadie, Loma, pero es que, junto a Dean y Rudy, me siento protegida. Sé que es una tontería, porque no ere que ellos puedan sacarnos de esta situación, pero...

Lorena Parker esbozó una sonrisa.

-Te comprendo perfectamente, Arlene, porque a me sucede lo mismo. Y es curioso, ¿no crees?

-¿El qué?

-Que ahora nos sintamos protegidas a su lado mientras que, en la casa del tío de Dean, nos sintiésemos en peligro. ¿O es que ya has olvidado que quisimos huir de ellos, porque llegamos a pensar que pretendían abusar de nosotras por la fuerza?

Arlene movió la cabeza.

-Me siento avergonzada, Lorena. ¿Tú no?

-Sí, también.

-Dean y Rudy son unos frescos, pero no tienen malos sentimientos. Jamás habrían intentado una cosa tan fea.

-Estamos de acuerdo, Arlene.

-En cuanto Rudy se despierte, le pediré disculpas.

-Y yo a Dean. Venga, a ver si logramos que vuelvan en sí antes de que alguno de esos monstruos se deje ver.

-¿Qué hemos de hacer para que se recobren? -Abofetearles.

-¿Abofetearles...? -repitió Aliene, subiendo las cejas.

Lorena sonrió al ver la cara que ponía su amiga.

-Así te desperté yo a ti, Arlene, a bofetadas. Moderadamente fuertes, por supuesto.

La pelirroja exhaló un suspiro.

-Lo que son las cosas... En casa del tío de Dean le di a Rudy una bofetada como un castillo, y ahora sin embargo, me duele tener que abofetearle, aunque sea moderadamente.

-No lo pienses más, Arlene -dijo Lorena, y empezó a abofetear a Dean Steward.

Arlene dio otro suspiro y se puso a imitar a su amiga.

-¡Eh, Dean! -llamó Lorena, sin gritar-. ¡Despierta, vamos!

-¡Rudy! -llamó Arlene, en el mismo tono de voz-. ¡Abre los ojos, dormilón!

Ni Steward ni Lemmon dieron señales de vida, pese al elevado número

de bofetadas que estaban recibiendo.

-No se despiertan, Lorena -dijo Arlene, preocupada.

-Ten paciencia, mujer. Tú tampoco te despertaste seguida.

-¿No será que las bofetadas son demasiado blancas?

-Es posible.

-¿Se las damos más fuertes? -sugirió la pelirroja.

-Me temo que no vamos a tener más remedio.

Arlene empezó a sacudirle con ganas a Rudy Lemmon.

Lorena hizo lo propio con Dean Steward.

La pelirroja, sin embargo, era la que sacudía más fuerte.

-Arlene... -llamó Lorena.

-¿Qué?

-Te estás pasando... -¿Tú crees?

-Seguro. Como le sigas dando así, a Rudy se le va fe hinchar la cara.

-Bueno, yo sólo estoy tratando de...

-De despertarlo, ya lo sé. Y también sé que te duele tener que abofetearle. Menos mal, porque si no llega a dolerte... -sonrió Lorena.

Justo en aquel momento, Rudy Lemmon comenzó a moverse.

-¡Rudy se está despertando, Lorena! -exclamo Arlene.

-¡Y Dean! -exclamó Lorena.

Sí.

Dean Steward también estaba empezando a moverse.

Este fue el primero en abrir los ojos.

Casi al momento, los abría Rudy Lemmon.

-¡Dean, gracias a Dios! -exclamó Lorena acariciándole las mejillas a

Steward, intensamente enrojecidas a causa de las palmadas.

-Lorena... -murmuró él, con la mente confusa todavía.

-¡Rudy! -exclamó Arlene, acariciando también rostro del rubio, más colorado aún que el de Steward.

-¿Dónde diablos estamos? -inquirió Lemmon, guiándose al mismo tiempo.

Dean Steward también se irguió.

Los dos, sentados todavía sobre el piso de la metálica, miraron nerviosamente a su alrededor.

-¡Estamos encerrados en una jaula, Dean! -exclamó el rubio.

-Ya lo veo, Rudy.

Lorena Parker informó:

-Estamos en la nave de los extraterrestres.

-¿Qué...? -respingó Rudy.

-¿En la nave de los extraterrestres...? -repitió Steward, tan asombrado como Lemmon.

Lorena les habló del enorme platillo volante que ella y Arlene habían descubierto entre los árboles mientras huían de los alienígenas, y cómo éstos se sorprendieron por detrás, provocando el desvanecimiento de las dos.

-De modo que estamos en poder de esos espantosos seres, ¿eh? -rezongó Steward.

-Sí, Dean -cabeceó Lorena.

-¿Os causaron algún daño a vosotros? -preguntó Arlene.

-No mucho -respondió Steward, y seguidamente les refirió cómo les habían cazado los extraterrestres.

-Menos mal que no les dio por utilizar el otro tubo, el que lo desintegra todo -suspiró Lorena.

-Porque nos querían a los cuatro vivos, que si no... -masculló

Lemmon-. Diablos, me arde la cara, Dean -rezongó a continuación, tocándose las mejillas.

-Y a mí -dijo Steward, tocándose las suyas.

-Las tienes coloradas como tomates maduros -observó el rubio.

-También tú, Rudy.

-¿A qué crees que será debido?

-No tengo ni idea. Pero parece como si nos hubiesen dado una generosa ración de bofetadas.

Lorena y Arlene, olvidándose por un momento de crítica situación en que los cuatro se encontraban, echaron a reír.

Steward y Lemmon cambiaron una mirada, sospesando que lo de las bofetadas había sido cosa de las aunque no comprendían la razón de la «tocata».

-¿Por qué nos habéis sacudido, Lorena? -inquirió Steward, con el entrecejo fruncido.

-No se nos ocurrió otra cosa mejor para despertaros -respondió la joven.

-Excusas -gruñó Lemmon-. Estabais deseando madurarnos la cara a bofetadas desde mucho antes de que apareciesen los marcianos, y en cuanto se os presentó la ocasión, ¡zas, zas, zas!

-Eso no es verdad, Rudy -dijo Arlene.

-Claro que es verdad. En la casa del tío de Dean nos llamasteis de todo. Sinvergüenzas, bribones, pájaros, tarántulas, frescos, granujas, lobos, zorros... Tenéis muy mal concepto de nosotros, no lo neguéis. Arlene sonrió dulcemente.

-Te demostraré que hemos cambiado de opinión con respecto a vosotros, Rudy -dijo, y aproximándole al rostro, le besó suavemente en los labios.

-Caramba... -murmuró el rubio, perplejo-. ¿Has visto esto, Dean...?

-Sí, lo he visto -respondió Steward, y miró a Lorena Parker-. Yo no quiero ser menos que Rudy, Lorena.

La joven sonrió y posó sus labios sobre los de él.

Después, dijo:

-Ya no eres menos que Rudy, Dean.

-¿Es verdad que ya no desconfiáis de nosotros, Lorena? -preguntó Steward.

-Sí, es verdad. Arlene y yo estamos arrepentid de haber llegado a pensar que tú y Rudy pretendíais!

-Muy arrepentidas -se apresuró a corroborar pelirroja.

-Vaya, eso está bien -sonrió Steward.

-¿Sabréis perdonarnos? -preguntó Lorena.

-¿Sabremos, Rudy? -le preguntó Steward a su compañero, con ironía.

-Hum, no sé, no sé... -dijo el rubio, simulando meditar el asunto.

-Por favor... -rogó Arlene.

-Está bien, os perdonaremos vuestra falta de confianza -dijo Lemmon-. Pero hay una cosa que no te perdono a ti, Arlene.

-¿El qué?

-Que me dijeras que tengo cara de gorila.

-¡No lo dije en serio, Rudy!

-¿De veras?

-¡Pues claro que no! ¡Si eres un tipo guapísimo!

Lemmon agrandó el pecho y elevó ligeramente barbilla.

-Bien parecido, nada más -dijo, en tono jactancioso.

Dean, Lorena y Arlene rieron.

De pronto, Lorena entristeció el semblante y murmuró:

-No sé cómo podemos reír, en la situación en que nos encontramos...

-Es verdad -convino Arlene, dejando de reír también-. Seguramente

nos esperan cosas horribles...

-No penséis en eso -dijo Steward, poniéndose pie.

Rudy y las chicas se incorporaron también.

Steward se aproximó a los barrotes metálicos tanteó su resistencia.

Lemmon hizo lo propio.

-Estos barrotes no los doblaría ni Sansón -rezongó el rubio.

Steward observó una por una, y con detenimiento, las seis paredes que formaban la sala donde se encontraban. Estaban pegadas una contra otra, y no se podía adivinar cuál de ellas se movería, mediante algún mecanismo, para dar entrada o salida a la extraña sala exagonal.

-Me pregunto si la nave seguirá posada entre los árboles o estará en movimiento... -murmuró Arlene. -Tal vez estemos camino del planeta en donde habitan esos terroríficos seres -musitó Lorena.

-No creo -rechazó Steward-. Si hubiésemos salido de la Tierra, notaríamos los efectos lógicos y naturales que eso lleva consigo. Estoy convencido de que seguimos en nuestro planeta. Si no cerca de la casa de mi tío, en algún otro lugar solitario y aislado.

-Opino como tú, Dean -manifestó Lemmon-. Los marcianos nos han capturado vivos porque desean estudiarnos, y eso lo harán aquí, en la Tierra. De ese modo, si nosotros no sobrevivimos a los experimentos a que sin duda piensan someternos, podrán capturar a otros y continuar con ellos sus estudios sobre la raza terrestre.

-Qué horror... -musitó Lorena, palideciendo.

-Experimentar con nuestros cuerpos, como si fuésemos animales de laboratorio... -murmuró Arlene, igualmente pálida.

-No desesperéis -rogó Steward-. Mientras la nave continúe en la Tierra, tendremos alguna posibilidad de escapar de las garras de esos seres.

-De sus tentáculos -corrigió Rudy.

-Lo de las garras era un decir -sonrió Steward.

Lorena le miró.

-¿Cómo vamos a escapar, estando encerrados en esta jaula?

-No nos tendrán siempre aquí, supongo.

-Si nos han de sacar, que sea pronto, porque empiezo a sentir complejo de mono -rezongó Lemmon-. Hasta echo de menos una bolsa de cacahuetes.

Steward volvió a sonreír.

-En cuanto nos saquen de la jaula para algo, intentaremos la huida.

-No lograremos nada, Dean -opinó Lemmon Los marcianos tienen unas armas poderosísimas, mientras que nosotros no disponemos ni de un mal tirachinas.

-Es cierto, Rudy. Por eso, nuestro primer objetivo será apoderarnos de uno de esos tubos cilíndricos cuya llamarada azulada desintegra cualquier cosa que toque.

-Me temo que no será fácil, Dean. Ninguno de le los marcianos se lo dejará birlar.

-Yo no he dicho que sea fácil, Rudy, pero debemos intentarlo. No tenemos nada que perder.

-Eso es verdad -convino el rubio.

Lorena Parker intervino:

-Suponiendo que logréis apoderaros de uno de esos mortíferos tubos, ¿sabríais cómo hacerlo funcionar?

Steward se pasó la mano por la nuca.

-Esa es una buena pregunta, Lorena -suspiró-. Espero que sí, aunque no saldremos de dudas hasta llegado el momento de utilizarlo.

-Si es que llega... -masculló Rudy.

De pronto, Arlene Dolan exclamó:

-¡Mirad, una de las paredes se está moviendo!

CAPITULO V

Dean Steward, Rudy Lemmon y Lorena Parker volvieron rápidamente los ojos hacia la pared que les indicaba Arlene Dolan, con su temblorosa mano.

En efecto.

La pared se estaba desplazando silenciosamente hacia su izquierda, e iba dejando un hueco que se fue agrandando poco a poco. ~ Pronto quedó visible totalmente la aterradora figura de uno de aquellos seres de piel verdosa, llegados de otro planeta.

El alienígena se introdujo en la sala dando un salto de un par de metros.

Inmediatamente, la pared empezó a desplazarse en sentido inverso, tan silenciosamente como antes, hasta quedar pegada contra la de su derecha.

La sala exagonal volvió a quedar herméticamente cerrada.

El extraterrestre dio un nuevo salto y se plantó a» un metro escaso de la cuadrangular jaula metálica.

Lorena, aterrorizada, se abrazó a Dean Steward, aunque sin apartar los ojos en ningún momento de la escalofriante figura de aquella criatura de otro mundo.

También Arlene, igualmente aterrada, se abrazó a Rudy Lemmon.

La luz que iluminaba la sala, muy potente, y que Dean, Rudy, Lorena y Arlene no podían ver de dónde surgía, porque se lo impedía el techo de la jaula, les permitió observar mucho mejor, hasta el último detalle, al extraterrestre.

Así todavía resultaba más estremecedor.

Rudy Lemmon se humedeció los labios, porque le habían quedado muy secos, y murmuró:

-Dean...

-¿Qué?

-El marciano está muy próximo a la jaula.

-Ya lo estoy viendo.

-Si lográramos que se acercase un poco más a los barrotes, podríamos intentar arrebatarle el tubo desintegrador de un zarpazo.

Steward respingó ligeramente.

-Has tenido una gran idea, Rudy. Si lo conseguimos, y logramos hacerlo funcionar con rapidez, desintegraremos al extraterrestre y luego haremos lo propio con una parte de los barrotes.

-Y con esa pared mecánica, y con todo lo que nos impida alcanzar la salida de esta nave.

-¿Qué podríamos hacer para obligarle a acercarse más?

Lemmon sonrió.

-Si supiéramos que a los marcianos les gustan las mujeres terrestres, bastaría con que Lorena y Arlene se quedasen en ropa interior. Al tío se le iban poner unos ojos como melones.

-¡Rudy! -exclamó Arlene, en tono de censura.

-¿Qué pasa, no accederías a desprenderte de la falda y de la blusa, tratándose de lo que se trata? -repuso el rubio.

La pelirroja vaciló.

-Bueno, si no hubiese más remedio... -murmuró

-También yo lo haría, pero me temo que no serviría de nada -intervino Lorena.

-Lo mismo pienso yo -manifestó Steward.

-Pues algo habrá que hacer -rezongó Lemmon-. Y pronto, porque como entren más...

-Tal vez si le mostrásemos algún objeto que llamase su atención, y se lo ofreciésemos, diese un nuevo ¡salto hacia la jaula -sugirió Steward.

-Excelente idea -aprobó Rudy-. Le mostraré mi encendedor.

Lemmon extrajo su encendedor electrónico.

-Mira lo que tengo, marcianito. ¿Te gusta? -le preguntó al alienígena,

exhibiendo una ancha sonrisa-. Es un encendedor, ¿sabes? Se usa para encender cigarrillos y puros. No funciona porque tú y tus compañeros sois unos desgraciados y os lo habéis cargado, como el de mi amigo, pero es bonito, ¿verdad? Toma, si lo quieres, te lo regalo. Anda, rico, acércate y cógelo con tu asqueroso tentaculito.

El extraterrestre no se movió de donde estaba.

Tampoco extendió ninguno de sus miembros superiores.

Continuó observando fijamente a los cuatro seres que habían apresado, llevado a su. nave, y encerrado en una jaula.

Rudy Lemmon dio un suspiro.

-Parece que mi encendedor no le dice nada al marciano, Dean.

Le mostraré mi llavero.

Steward se introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y sacó su llavero, el cual sacudió.

El tintineo de las llaves al chocar entre sí produjo un extraño eco en la sala.

-¿Qué, te gusta más esto, amiguito? -dijo Steward, sonriendo al extraterrestre.

El alienígena parecía una figura decorativa.

Dean Steward, desalentado, se guardó las llaves.

-Tampoco mi llavero le dice nada, Rudy.

-Aunque en principio la idea me pareció excelente, empiezo a pensar que no lograremos llamar su atención mostrándole objetos, Dean.

-Y yo.

-¿Y si intentásemos enfurecerle? -sugirió Lemmon.

-¿Enfurecerle? -repitió Steward.

-Sí, irritarle, provocarle. Con gestos, claro, porque de lo que decimos no creo que entienda ni jota. Yo llamé desgraciado, ya lo oíste, y le entró por una trompeta y le salió por la otra, sin ofenderse lo más mínimo.

-De acuerdo, probemos. Tal vez resulte.

-Déjame primero a mí, Dean.

-Como quieras.

Lemmon sacó su cajetilla de cigarrillos.

Se puso uno en los labios y, mirando al alienígena, dijo:

-¿Me das fuego, marciano?

El extraterrestre, como ya esperaba Rudy, no se movió.

El rubio endureció el gesto.

-Es lo menos que puedes hacer, ¿no? Después d todo, vosotros tenéis la culpa de que nuestros encendedores no funcionen. Venga, dame fuego o me acordaré de tu abuela.

El alienígena continuó impasible.

-¡Eh, tú, hombre de menta, te estoy hablando -le gritó Rudy, con fiero gesto-. ¿Qué pasa, es que estás sordo? No, claro que no lo estás. Con ese de orejones eres capaz de escuchar radio París sin necesidad de transistor. ¡Lo que pasa es que no tienes narices para acercarte! Y no lo digo porque las tengas pequeñas, sino por lo otro. Vosotros mucho tubito y mucho desintegrar cosas, pero os faltan agallas para pelear cara a cara con un terrestre, en igualdad de condiciones. ¡Toma, pedazo de cobarde! -rugió, lanzándole la cajetilla de cigarrillos a la cara.

El horripilante ser separó los labios y dejó escapar un ronco sonido, al tiempo que se llevaba el extremo del tentáculo superior derecho al órgano visual lastimado.

-¡Le hice pupa, Dean! -exclamó Lemmon, dando un salto de alegría.

-¡Cuidado, Rudy! -gritó Steward, viendo que el extraterrestre distendía velozmente su tentáculo hacia el rubio, a la vez que saltaba hacia la jaula.

El alienígena se movió con tanta rapidez, que Lemmon no tuvo tiempo de saltar hacia atrás o hacia un lado, y el tentáculo del ser de otro mundo golpeó con fuerza el pecho del rubio.

Rudy lanzó un grito y cayó de espaldas. Su grito se confundió con los

que, al unísono, lanzaron Lorena y Arlene, angustiadas.

Dean Steward, sin pensárselo dos veces, pasó un brazo entre los barrotes y aferró con su mano el tubo cilíndrico que despedía llamaradas azuladas cuando era utilizado.

Rápidamente tiró de él.

Logró desengancharlo del ancho cinturón plateado del alienígena.

Una fracción de segundo después, el tentáculo derecho del extraterrestre se enroscaba hábilmente al brazo de Steward.

Era evidente que el ser, consciente del peligro que corría mientras su poderosa arma estuviese en poder del terrestre, trataba, con su acción, de impedir que éste la hiciese funcionar.

-¡Aguanta, Dean, que voy en tu ayuda! -gritó Rudy, levantándose de un salto.

Se lanzó como una fiera contra los barrotes, y sus manos se cerraron como argollas sobre el tentáculo superior izquierdo del alienígena, justo en el momento en que el ser se disponía a golpear con él a Dean Steward.

El extraterrestre dio un brusco tirón, tratando de recuperar la libertad de su tentáculo izquierdo, pero Rudy Lemmon tenía buenos músculos y no se lo permitió, pese a que la verdosa piel del alienígena, brillante y resbaladiza, dificultaba enormemente la retención del tentáculo entre sus dedos.

Steward, con el puño libre, golpeó con dureza al extraterrestre, por encima del cinturón plateado. El alienígena volvió a emitir otro sonido ronco y se encogió, prueba inequívoca de que el puñetazo de Parker, con el rostro demudado por la tensión y lastimado por Dean Steward le había causado dolor.

Sin embargo, no soltó el brazo del terrestre.

Steward le atizó de nuevo con el puño, en el mismo sitio.

El ser acusó los efectos del nuevo golpe, pero siguió inmovilizando con su tentáculo derecho, el brazo de Dean Steward.

-¡El otro tubo, Dean! -gritó Rudy Lemmon, que mantenía aprisionado el tentáculo izquierdo del alienígena-. ¡El que utilizaron contra

nosotros!

Steward estiró el brazo libre y se apoderó del tubo cilíndrico que lanzaba rayos de luz amarillenta.

El extraterrestre redobló sus esfuerzos por rescatar su tentáculo izquierdo de las manos de Rudy, pero no lo logró.

-¡Dispara, Dean! -gritó el rubio.

Steward, que ya había dado una rápida ojeada al arma, intuyó que para hacerla funcionar había que oprimir la parte central del tubo.

Apuntó con él al tronco del extraterrestre, y presionó la parte media del tubo, la cual cedió ligeramente.

Por la ranura de la boca del tubo brotó el espera do rayo de luz amarillenta, que alcanzó al alienígena.

El cuerpo del ser, durante unos pocos segundos tembló, como si estuviese siendo tocado por un cable de alta tensión.

Después, el extraterrestre se derrumbó pesadamente, quedando inmóvil en el suelo, delante de la jaula metálica, con los tentáculos encogidos y los redondo ojos cubiertos casi totalmente por un par de membranas.

-¡Lo conseguimos, Dean! -exclamó Lemmon, eufórico.

-Sí, Rudy. Tenemos el tubo desintegrador y el otro el que sólo deja inconscientes, durante algún tiempo a los seres vivos.

-¡Qué miedo he pasado, Dean! -exclamó Loren.

angustia de los últimos minutos vividos.

-¡Y yo! -dijo Arlene Dolan, que tenía las mejillas amarmoladas por la misma causa-. ¡Creí que ese monstruo os iba a hacer pedazos, con sus tentáculos!

-Rudy y yo somos duros de pelar -sonrió Steward.

-¿Cómo funciona el tubo que has utilizado para dejar *K. O.* al marciano, Dean? -inquirió Lemmon.

-Presionando aquí, en su parte central, que cede ligeramente -informó Steward, mostrándole el tubo.

-¿Y el otro, el que desintegra...?

-Del mismo modo, supongo, puesto que sus características son similares.

-Pruébalo con los barrotes -sugirió el rubio.

Steward apuntó con él a los barrotes de la jaula.

Se disponía a oprimir la parte media del tubo desintegrador, cuando, de pronto, la misma pared de antes comenzó a desplazarse.

-¡Dean, vienen más! -advirtió Lemmon.

CAPITULO VI

-No te preocupes, Rudy, los recibiremos como se merecen -dijo Dean Steward-. Toma tú el otro tubo, ya sabes cómo funciona.

Rudy Lemmon cogió el tubo que lanzaba rayos de luz amarillenta, y apuntó con él hacia el hueco que iba dejando la pared, al desplazarse.

Sin embargo, ni Rudy ni Dean hicieron funcionar sus respectivos tubos cilíndricos, porque lo que dejó ver la pared móvil no fueron alienígenas, sino otra ¡cosa muy distinta.

-Y no menos impresionante.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos.

-¿Qué diablos será «eso», Dean...? -murmuró el rubio.

-Parece un robot... -respondió Steward.

Dean Steward estaba en lo cierto.

Se trataba de un robot.

De metal muy brillante, cuerpo rectangular, cabeza cuadrada, con un ojo, también rectangular, que despedía una luz verde, muy suave, con intermitencias. Los brazos eran cilíndricos, y estaban rematados por unas pinzas. Carecía, en cambio, de piernas.

Mediría alrededor de un metro ochenta, y tenía unos setenta centímetros de anchura.

-Tiene forma de archivador... -murmuró Lorena Parker.

-Es verdad... -dijo Arlene Dolan-. Si no fuera por la cabeza y los brazos...

El robot se movió hacia adelante, sin causar el menor ruido.

Avanzaba deslizándose por el suelo.

Entró en la sala exagonal.

La pared comenzó a moverse en sentido inverso.

El robot iba directo hacia la jaula metálica.

-¡Dispara, Dean! -gritó Rudy Lemmon.

Steward se dispuso a oprimir la parte central tubo desintegrador.

En aquel instante, la luz que con intermitencia despedía el ojo del robot, dejó de ser suave para tornarse mucho más brillante y potente.

Tanto, que deslumbró por completo a Dean, Rudy, Lorena y Arlene.

La luz verde ya no era intermitente, sino fija.

Cegadora.

Irresistible para los ojos de los terrestres.

Dean, Rudy y las chicas se vieron obligados a cubrírselos con la mano.

-Si lo sé, me traigo las gafas de sol -rezongó Lemmon.

Steward, aunque no podía ver ya al robot, deslumbrado totalmente por aquel poderoso foco de luz verde presionó la parte central del tubo desintegrador, confiando en alcanzar al artefacto mecánico con su llama rada azulada.

Esta, sin embargo, no salió por la boca del tubo.

Steward presionó de nuevo la parte media del arma con más fuerza.

El resultado fue el mismo.

Aunque ellos no podían verlo, porque la potencia de la luz que surgía del ojo del robot no remitía, éste seguía avanzando, lentamente.

-¡Dispara, Dean, dispara! -gritó Lemmon.

-¡El tubo no funciona, Rudy!

Lemmon presionó la parte central de su tubo, pero tampoco de éste surgió el rayo de luz amarillenta.

-¡El mío tampoco funciona, Dean!

-¡El robot los ha inutilizado!

Súbitamente, de la parte media del cuerpo del robot, perforada por infinidad de diminutas celdillas, empezaron a surgir luces multicolores y destellantes, acompañadas por un extraño zumbido intermitente.

Dean Steward sintió unos agudos pinchazos en el interior de su cabeza, como si alguien le estuviese clavando alfileres en el cerebro, y se vio obligado a oprimírsela con ambas manos.

A Rudy Lemmon le estaba sucediendo lo mismo.

Y a Lorena Parker.

Y a Arlene Dolan.

Los pinchazos, cada vez más agudos e insufribles, hicieron chillar angustiosamente a Lorena y Arlene.

También Dean y Rudy gritaron, desesperados.

Cayeron los cuatro al suelo, incapaces de soportar aquel martirio.

Segundos después, perdían la noción de la realidad, y se sumían en el profundo pozo de la inconsciencia.

Empezaron a recobrarse los cuatro al mismo tiempo.

Se incorporaron lentamente, con fuerte dolor de cabeza.

Seguían estando presos en la jaula metálica.

Los dos tubos cilíndricos que habían logrado arrebatarle al extraterrestre que dejaron inconsciente, ya no estaban en el piso de la jaula.

Fuera de ella, continuaba el poderoso robot.

Las células que tenía en la parte media de su cuerpo habían dejado de emitir luces multicolores y destellantes, y ya no se oía el extraño zumbido.

La luz que surgía de su ojo volvía a ser suave e intermitente, como cuando apareció, al otro lado de la pared móvil.

El alienígena que había caído inconsciente delante de la jaula, ya no se encontraba allí.

Pero tal vez continuase en la sala exagonal.

Sí, porque en ella había ahora nada menos que ce alienígenas, formando corro en torno a la jaula metálica, y entre ellos podía estar el que resultó alcanzado por el rayo de luz amarillenta enviado por Den Steward.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene se dieron cuenta rápidamente de que, ahora, no todos los extraterrestres eran idénticos.

Seis de ellos eran algo más bajos, apenas dos metros de estatura. Tenían los apéndices auriculares cortos, los tentáculos superiores, más delgados, y la parte alta del tronco destacaban dos abultamientos bajo la malla metálica, que no era dorada, sino de azul pálido. Del cinturón, ancho y plateado, como la de los siete restantes, no pendía ningún objeto.

Entre los alienígenas que no tenían prominencias en la parte alta del tronco, había uno que no llevaba la malla metálica dorada, sino de un rojo muy vivo.

Era el ser más próximo al robot.

-Ese debe de ser el jefe -intuyó Dean Steward mirando al alienígena de la malla roja.

-¿Lo dices porque su vestimenta es de distinto color? -murmuró Rudy Lemmon.

-Sí.

-¡Hay trece seres, Dean! -exclamó Lorena Parker quedamente.

-Más el robot... -musitó Arlene Dolan.

-Al verme observado por tanta gente, mi complejo de mono aumenta -rezongó Lemmon.

-¿Por qué seis de esos seres tendrán protuberancias pectorales, y los otros no? -inquirió Lorena.

-Por la misma razón que Arlene y tú las tenéis, y Rudy y yo, no -respondió Steward.

Lorena y Aliene le miraron, con ojos agrandados.

También Rudy.

-¿Quieres decir que son mujeres...? -preguntó el ubio.

-Sí, deben ser hembras.

-¡Entonces, prefiero mil veces la silla eléctrica a asarme con una marciana! ¡Son horrorosas!

-Para nosotros, desde luego -repuso Steward-. Pero apuesto a que los marcianos, como tú los llamas, os encuentran la mar de atractivas.

-¡Brerrr...! -fue el extraño sonido que emitió Lemmon, arrugándose al mismo tiempo-. Me dan escalofríos sólo de pensar lo que debe ser una noche de amor con una pulpa de ésas.

Todavía no se había extinguido el eco de las últimas palabras pronunciadas por el rubio, cuando el alienígena de la malla roja separó ligeramente los labios y dijo algo que sonó poco más o menos así:

-Croac cree...

Dean, Rudy, Lorena y Arlene respingaron a un tiempo.

-¿Dónde está la rana? -preguntó Lemmon, buscándola con los ojos.

-Atención, terrícolas -se dejó oír una voz metálica, tan extraña, que ponía los pelos de punta.

-¿Quién ha dicho eso? -preguntó Rudy, respingando de nuevo.

-El que habla como las ranas es el ser de la malla roja -dijo Steward-. La voz metálica sale del robot.

-¿Y cómo puede el robot hablar como nosotros? -se extrañó Lorena-.

¿Cómo conoce nuestro idioma?

-No lo sé.

-A mi colegio, desde luego, no vino -dijo Lemmon.

-Diablos, Rudy, tú no pierdes nunca las ganas de bromear, ¿verdad? -protestó Aliene.

El rubio carraspeó.

-Es que mi madre era muy alegre, y mi padre también.

-De ahí que tú les salieras con cara de chiste -repuso la pelirroja.

-Vaya, hombre, ya te estás metiendo de nuevo con mi cara -gruñó Rudy.

-Sólo era una broma, no te enfades -sonrió Arlene.

El alienígena de la malla roja volvió a hablar de aquella forma tan rara.

Unos segundos después, la voz metálica del roto se dejaba oír de nuevo:

-Guardad silencio mientras yo hable, terrícolas.

-Eso mismo solía decir mi profesor, pero sin lo de «terrícolas», claro -rezongó Lemmon.

-Obedezcamos, Rudy -dijo Steward.

El extraterrestre volvió a croar, y la voz del robo que por lo visto traducía al idioma inglés lo que alienígena decía, se escuchó de nuevo:

-Soy Kuno, el comandante de esta nave. No hablo vuestra lengua, terrícolas, ni tampoco la entiendo, peí el robot se encargará de que vosotros me entendáis, de que yo os entienda a vosotros, cuando os autorice hablar. El se ha apoderado de todos los conocimiento de vuestras mentes, y ahora sabe tanto del planeta Tierra y de sus habitantes como vosotros mismos.

-Diablos con el robot... -masculló Lemmon-. Por eso sentíamos aquellos terribles aguijonazos en el cerebro. El tío nos los estaba exprimiendo como si fueran esponjas.

-Silencio, terrícola -ordenó nuevamente el alienígena, a través del robot-. Si vuelves a interrumpí me, sufrirás un castigo corporal.

-Seré una tumba, señor Kuno -murmuró Rudy.

El extraterrestre, siempre por mediación del roba continuó expresándose:

-Nosotros somos habitantes del planeta Akón, perteneciente a la galaxia Andrómeda, que se encuentra una distancia de dos millones de años luz de vuestro planeta, la Tierra. Hace ya algún tiempo, varias de nuestras naves partieron de Akón, con distintos rumbos, pero con idéntica misión: encontrar algún planeta habitado por seres semejantes a nosotros. Hasta el momento presente, sin embargo, y por lo que a la nave a cuyo mando estoy se refiere, la búsqueda ha resultado infructuosa. Hemos estado en algunos planetas en los que había vida, pero sus habitantes eran muy distintos a nosotros. Los más parecidos, hasta ahora, sois vosotros, los habitantes de la Tierra. Y con vosotros vamos a realizar ciertos experimentos, confiando en que den un resultado satisfactorio. Si así fuera, nuestra especie, que actualmente está en peligro de extinguirse, podrá considerarse a salvo.

El alienígena llamado Kuno hizo una pausa y prosiguió:

-Desde hace bastante tiempo, nuestras hembras no procrean, han perdido su capacidad para engendrar. Realizados los estudios correspondientes, nuestros científicos han llegado a la conclusión de que la causa de la esterilidad de nuestras hembras está en nosotros, los varones, cuyos órganos reproductores se ven afectados por un extraño virus que, por ahora, no sabemos cómo combatir. Necesitamos, pues, que varones de alguna especie similar a la nuestra se ocupen, junto con nuestras hembras, de que nuestra especie se reproduzca.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene se habían quedado boquiabiertos.

Los más perplejos, sin embargo, eran Steward y Lemmon.

Tras unos segundos de silencio, el rubio exclamó: -¡Dean! ¡El tío de la malla roja quiere que les hagamos el amor a las pulpas!

-Eso mismo me ha parecido entender a mí, Rudy.

La voz metálica del robot se dejó oír nuevamente, pero ahora no hablaba en la lengua de los terrestres, sino en la de los habitantes del planeta Akón. Es decir, que estaba traduciendo a los alienígenas las palabras pronunciadas por Steward y Lemmon.

-¡Ya lo dije antes y lo repito ahora: prefiero mil veces la silla eléctrica a dejarme rodear por los repulsivos tentáculos de una tipeja tan espantosa como ésas! -exclamó Lemmon.

-Lo mismo digo, Rudy -manifestó Steward.

El robot tradujo las nuevas palabras del alienígena de la malla roja:

-Estáis ofendiendo a nuestras hembras, terrícola; y eso no voy a permitirlo. Encuentro lógico que no c gusten, como tampoco nos agradan a nosotros la vuestras, porque el color de su piel es distinto, y le miembros, tanto los inferiores como los superiores, el rostro. A nuestras hembras tampoco les complace en absoluto tener que entregarse a vosotros, los varones de la Tierra, pero como saben que de ello puede depender el que no se extinga nuestra especie, se someterán resignadamente. También vosotros debéis someteros, por el bien de los habitantes de Akón.

-¡Y un cuerno! -replicó Rudy.

-Si no os sometéis voluntariamente, os obligaremos a ello por medio de dolorosas torturas -amenazó el alienígena.

-Será inútil, Kuno -dijo Steward-. Antes nos dejaremos matar que nos someteremos a lo que vosotros queréis.

-¿Es vuestra última palabra?

-Ultima y definitiva.

El extraterrestre habló en su lengua, como hasta entonces.

El robot, sin embargo, no tradujo sus palabras esta vez.

Se limitó a elevar uno de sus cilíndricos brazos abrir las pinzas que lo remataban.

Al separarse ambas piezas, quedó visible un orificio.

De él brotó un rayo purpúreo, que tocó la frente de Dean Steward.

Este lanzó un alarido y cayó como fulminado.

-¡Dean! -gritó Rudy.

El robot lanzó otro rayo purpúreo.

Rudy Lemmon resultó tocado por él en el mismo sitio que su compañero, y, al igual que éste, emitió un alarido y se derrumbó en el acto.

Lorena Parker y Arlene Dolan, horrorizadas, se pusieron a chillar histéricamente.

El alienígena de la malla roja habló.

Inmediatamente, dos de los seres sin protuberancias pectorales saltaron hacia la jaula y quedaron prácticamente pegados a los barrotes.

Uno de ellos abrió la jaula metálica.

Adivinando que los dos alienígenas iban a entrar en la jaula, Lorena y Arlene creyeron morirse de terror, y la intensidad de sus chillidos aumentó.

Sin embargo, y a pesar de que lo estaban deseando, no se desvanecieron.

Apretujadas la una contra la otra, en uno de los ángulos de la jaula, vieron cómo los dos extraterrestres cargaban con los inertes cuerpos de Dean Steward y Rudy Lemmon y salían de la jaula, cuya puerta fue cerrada nuevamente por otro alienígena.

Segundos después, los trece habitantes del planeta Akón, seguidos por el robot, abandonaban la sala exagonal.

CAPITULO VII

Cuando Dean Steward y Rudy Lemmon recobraron el conocimiento, se encontraron en una sala bastante más reducida que la anterior, la de la jaula metálica.

Era exagonal también, como la otra.

Steward y Lemmon estaba de pie, los brazos en alto, la espalda contra una de las paredes, de la cual pendían unas cortas cadenas, rematadas por unas abrazaderas que se ceñían a sus muñecas, impidiéndoles serrarse de la pared.

Los alienígenas les habían dejado prácticamente desnudos, pues sólo conservaban los *slips.*

En la cintura les habían colocado un extraño emitirán metálico, de unos cinco centímetros de anchura í dos de grosor. Tenía varios discos en la parte frontal, concretamente seis, de distintos colores, que sobresalían ligeramente, con un diámetro aproximado de dos centímetros y medio.

En la sala, observándolos fijamente, se encontraba amo, el comandante de la nave extraterrestre, próximo a un raro aparato, que emitía radiaciones iridiscentes, con intermitencia por una pantalla electrónica.

A la izquierda del alienígena, inmóvil, se hallaba el robot, emitiendo por su ojo rectangular la suave luz verde e intermitente.

-Un poco más, y nos dejan en cueros, Dean -masculló Lemmon, mirándose.

-Menos mal que la temperatura en la nave es agradable, porque de lo contrario, íbamos a pillar un resfriado -repuso Steward, con buen humor.

-¿Para qué diablos servirá este extraño cinturón metálico que nos han puesto?

-Para nada bueno, seguro. De lo contrario, no nos tendrían sujetos a la pared con cadenas.

-Sí, debe ser un instrumento de tortura.

-Me temo que vamos a pasarlo mal, Rudy.

-Seguro. Pero peor lo pasaríamos entre los tentáculos de las horrorosas marcianas.

-Ahora ya sabemos que estos seres no son de Mar te, Rudy.

-Es verdad, son de Akón.

-Por tanto, son akonianos.

-Bueno, pues prefiero la tortura del cinturón a hacerles el amor a las horribles akoaninas.

-Y yo.

El alienígena de la malla roja volvió la cabeza hacia el raro aparato que emitía radiaciones iridiscentes y accionó un dispositivo con el extremo de su tentáculo superior derecho.

Las radiaciones dejaron de ser iridiscentes e intermitentes, para tornarse azuladas y continuas.

Inmediatamente, tanto en el cinturón que le había sido colocado a Dean Steward, como en el que le había sido puesto a Rudy Lemmon, se encendió el disco de color azul, que en ambos era el primero de la derecha.

Al instante, Dean y Rudy empezaron a sentir fuerte dolores dentro de su cuerpo, lo cual les obligó a grita y a retorcerse.

Steward cerró los puños y tiró con todas sus fuerza de las cadenas que le sujetaban a la pared, tratando de arrancarlas.

También Lemmon.

Fue un esfuerzo inútil, pues sólo consiguieron timarse las muñecas.

Durante unos cinco minutos aproximadamente, tuvieron que soportar los dolores que les producían los cinturones electrónicos.

Después, el extraterrestre accionó otro dispositivo, y las radiaciones que emitía la pantalla del extraño aparato se tornaron nuevamente iridiscentes e intermitentes.

Instantáneamente, los discos azules de los cinturones electrónicos se apagaron.

Cesaron los dolores en los cuerpos de Dean Steward y Rudy Lemmon.

El akoniano habló y el robot tradujo:

-¿Habéis cambiado de parecer, terrícolas?

-En absoluto -respondió Steward, en cuyo rostro, como en el de su compañero, se apreciaban las huellas del mal rato que acababan de pasar.

El robot tradujo las palabras del terrestre a Kuno.

El alienígena volvió a hablar:

-Os advierto que la tortura que acabáis de sufrir la más leve de todas.

El disco azul es el menos potente de los seis que veis en los cinturones electrónicos. Si persistís en vuestra negativa, irán entrando en acción los restantes discos, uno por uno, y los dolores serán cada vez más intensos e insufribles. ¿Qué respondéis?

-¡Que te vayas al infierno, cabeza de pera! -rugió Lemmon.

Tan pronto como el robot tradujo la respuesta del rubio, el akoniano accionó otro dispositivo.

Las radiaciones que emitía la pantalla electrónica se tornaron verdosas en esta ocasión, y perdieron su intermitencia.

Sendos discos, verdes, se encendieron al instante en cinturones metálicos que ceñían las cinturas de pean Steward y Rudy Lemmon.

Los dolores internos que ambos empezaron a sentir fueron más agudos que los anteriores. Al igual que entonces, Dean y Rudy gritaron y se retorcieron, con los puños apretados.

La nueva tortura duró unos cinco minutos, como la anterior.

Después, y sin cambiar palabra con los terrestres el alienígena accionó un tercer dispositivo.

Las radiaciones de la pantalla se tornaron amarillentas.

Amarillos, también, fueron los discos que se encendieron en los cinturones electrónicos.

La intensidad de los dolores era ya tal, que Dean Steward y Rudy se desvanecieron antes de que cesase la tercera tortura.

Dean Steward abrió Levantó la cabeza y los ojos, observó.

Continuaba en la misma sala, sujeto a la pared por las cadenas.

Kuno, el extraterrestre de la malla roja, no se ha liaba en la sala.

El robot, sí.

Inmóvil, en el mismo sitio.

Rudy seguía inconsciente, la cabeza colgando hacia el pecho.

Steward observó la pantalla electrónica.

Continuaba emitiendo radiaciones iridiscentes de intermitencia.

Dean maldijo interiormente contra el extraño aparato, los cinturones electrónicos y contra el akoniano o akonianos que inventaron ambas cosas.

Lemmon lanzó un débil gemido.

Steward ladeó la cabeza y miró a su compañero.

-Eh, Rudy.

El rubio sacudió la cabeza y luego la elevó.

-¿Cómo te sientes, Rudy? -inquirió Dean.

-Mal. ¿Y tú?

-También. Estoy por dentro como si los ratones se me hubiesen comido las entrañas.

-Así justamente me siento yo.

-Y todavía estamos a medio camino.

-¿A medio camino de qué? -preguntó Lemmon.

-De la tortura. Sólo se han encendido tres discos, así que faltan otros tres.

-Ese mal nacido de Kuno dijo que la intensidad ¡de los dolores aumentaba en cada disco, y así ha sido -gruñó Rudy.

-No creo que podamos resistir los tres discos que faltan.

-Seguro que no. Moriremos antes.

-Mejor. Así nos ahorraremos sufrimientos.

Hubo un silencio.

-¿Qué será de las chicas? -murmuró Lemmon.

-Las matarán también -dijo Steward-. Ellas no les sirven para nada.

-Espero que tengan una muerte rápida, sin sufrimientos.

Steward apretó las mandíbulas, y sus ojos tuvieron un destello

metálico, pero no dijo nada.

Se produjo un nuevo silencio.

Lemmon preguntó:

-¿Qué crees que pasará, Dean?

-¿Después?

-Sí, cuando los akonianos nos hayan matado a los cuatro.

-Capturarán a otros terrestres, imagino.

-Y los someterán a las mismas torturas que a nosotros.

-Si no acceden a lo que ellos quieren, claro.

Lemmon arqueó las cejas.

-¿Es que piensas que algún terrestre pueda estar dispuesto a...?

-En principio, no, desde luego. Pero cuando les coloquen estos cinturones y les obliguen a retorcerse de dolor, es posible que alguno cambie de parecer, y se someta a los deseos de los akonianos.

-Yo no podría tocar a una de esas pulpas, ni con los ojos cerrados.

Steward sonrió.

En aquel momento, una de las paredes empezó desplazarse silenciosamente, dejando ver a Kuno, el comandante de la nave.

-Eh, mira a quién tenemos ahí, Dean -dijo Rudy.

-Sí, es nuestro buen amigo Kuno, que viene a proseguir la tortura.

-Me gustaría que se acercase a nosotros, lo suficiente para poder propinarle un soberano rodillazo donde tú sabes -masculló Lemmon-. A lo mejor le solucionaba lo del virus.

El alienígena dio un salto y se introdujo en la sala.

La pared comenzó a moverse en sentido contrario.

El akoniano dio otro salto y se situó junto al extraño aparato que emitía radiaciones por su pantalla electrónica.

Llevó el extremo de su tentáculo superior derecho hacia uno de los múltiples dispositivos del aparato.

-Va a reanudarse la sesión, Rudy -dijo Steward.

-Sí, eso parece -rezongó Lemmon.

Ambos estaban equivocados.

Cuando el extraterrestre accionó el dispositivo, las radiaciones iridiscentes que con intermitencia emitía el aparato por su pantalla electrónica, desaparecieron.

Unos segundos después, en la pantalla surgía una imagen.

Tan clara como sobrecogedora.

Dean Steward y Rudy Lemmon sintieron que se les encogía el corazón.

CAPITULO VIII

La nítida imagen les mostraba a Lorena Parker y Aliene Dolan.

Estaban en una sala idéntica a la de ellos, en cuanto a forma y dimensiones.

De pie, cara a una de las paredes.

Sujetas a ella por unas cortas cadenas, rematadas por abrazaderas, como ellos.

Y también, como ellos, estaban casi desnudas.

Sólo conservaban dos exiguas prendas.

Cerca de ellas, empuñando unos extraños látigos, se hallaban dos alienígenas.

Parecían estar aguardando la orden de azotar a las muchachas.

Kuno, por mediación, como siempre, del robot, dijo:

-Estoy realmente admirado de vuestro valor, terrícolas. Habéis soportado los dolores de tres de los discos, los del último, muy

intensos, sin que ello os haya hecho cambiar, pese al terrible sufrimiento, de parecer. Os desvanecisteis de dolor durante la tortura del tercer disco. También os desvaneceríais en el cuarto. Y en el quinto, probablemente, moriríais, porque vuestro organismo no resistiría tanto sufrimiento. No me interesa que fallezcáis, terrícolas, y ya sabéis por qué. En cambio, me es indiferente que mueran vuestras hembras, porque ellas no nos son de ninguna utilidad. Por ello, he decidido que sean azotadas hasta morir. Sufrirán horriblemente, porque los látigos son electrónicos, como vuestros cinturones, y cada latigazo, además del surco sangriento que abre en la piel, produce unos agudos dolores internos, semejantes a los que habéis sufrido vosotros durante la tortura del tercer disco.

-¡Eres un canalla, Kuno! -gritó Dean Steward, sintiendo que la sangre le quemaba en las venas.

-¡Acércate, reptil asqueroso, y yo te enseñaré a tratar a nuestras mujeres! -rugió Rudy Lemmon, con el rostro congestionado por la ira.

Cuando el robot hubo traducido las palabras de ambos terrestres, Kuno repuso:

-Estáis equivocados, terrícolas. Yo no quisiera tener que hacer sufrir tan horriblemente a vuestras hembras. Ni a vosotros. Pero no me dejáis alternativa. Si accedierais a lo que deseamos de vosotros, no habría torturas para nadie.

Steward y Lemmon guardaron silencio.

El akoniano dijo:

-Bien, deduzco, por vuestro silencio, que no os importa demasiado que vuestras hembras tengan una muerte tan lenta y tan dolorosa, así que voy a dar la orden para que empiecen a azotarlas.

El alienígena movió el extremo de su tentáculo hacia uno de los dispositivos del aparato.

Cuando estaba a punto de accionarlo, Steward gritó:

-¡Espera, maldito!

-¿Tienes algo que decir, terrícola? -preguntó Kuno.

Steward miró a su compañero.

-Rudy... -murmuró.

El rubio asintió, con una leve inclinación de cabeza.

-Sí, Dean. No podemos permitir que Lorena y Arlene tengan un final tan espantoso...

Steward se encaró de nuevo con el alienígena.

-Tú ganas, Kuno -mascullό.

-¿Eso quiere decir que accedéis?

-Sí, haremos lo que vosotros queréis. Pero como produzcáis el menor daño en las chicas...

-Ninguno, no temáis -respondió el extraterrestre, y dio un salto hacia ellos.

Abrió las abrazaderas metálicas que ceñían las muñecas de Dean Steward, y éste quedó libre.

El akoniano dio un nuevo salto, y regresó junto al aparato que ofrecía en su pantalla la imagen que, al menos aparentemente, había hecho cambiar de parecer a Steward y Lemmon.

Desde allí, indicó:

-Suelta a tu compañero, terrícola. Y no cometáis el error de intentar nada contra mí, porque fracasaríais -advirtió-. El robot os vigila, y está presto a intervenir, si le obligáis a ello.

Dean Steward abrió las abrazaderas que sujetaban a Rudy Lemmon.

Mientras lo hacía, y muy disimuladamente, le susurró algo al oído, con voz apenas perceptible.

Los ojos del rubio adquirieron un brillo extraño.

Cuando Rudy estuvo libre también, Dean se volvió hacia el akoniano y preguntó:

-¿Podemos quitarnos los cinturones electrónicos?

-Sí -autorizó Kuno.

Steward se dispuso a quitárselo, pero no sabía cómo se abrían aquellos

extraños cinturones.

Tampoco Lemmon encontró el modo de desprenderse del suyo.

-¿Cómo se abren estos chismes, Kuno? -inquirió Rudy.

El alienígena se lo indicó.

Había que oprimir un resorte que tenía en su par te izquierda, muy diminuto.

Lemmon lo oprimió, y el cinturón electrónico se abrió.

Se lo quitó, y lo dejó caer al suelo.

Steward hizo lo propio con el suyo.

En uno de los ángulos de la sala, tirada, estaba la ropa de ambos.

-¿Podemos vestirnos, Kuno? -preguntó Steward.

-¿Para qué? -preguntó a su vez, el akoniano.

-Tenemos frío -mintió Lemmon.

-Está bien -autorizó Kuno.

Dean y Rudy se acercaron a donde yacía su ropa, y comenzaron a vestirse, sin prisas.

Necesitaban tiempo para recuperar las fuerzas perdidas durante la dolorosa tortura.

El robot se había movido ligeramente hacia su izquierda, para estar siempre de cara a los terrestres.

Steward y Lemmon ya estaban completamente vestidos.

Sólo les faltaba ponerse los zapatos.

Se los colocaron, parsimoniosamente también.

Fue entonces cuando ambos entraron en acción.

Con gran rapidez.

De forma realmente vertiginosa.

Rudy Lemmon se lanzó contra el cuerpo del robot, con el hombro derecho por delante.

Al mismo tiempo, Dean Steward se arrojaba sobre la parte media del tronco del akoniano.

Rudy chocó con gran violencia contra el metálico cuerpo del robot.

El artefacto mecánico se venció hacia atrás, y cayó al suelo, con gran estrépito.

Lemmon también cayó, cerca de él.

Kuno, que sin duda no esperaba el audaz y fulgurante ataque de los terrestres, no pudo esquivar a Dean Steward, cuya cabeza golpeó con tremenda fuerza en el cuerpo del alienígena.

El akoniano cayó al suelo, emitiendo un ronco sonido.

Steward quedó sobre él.

Rápidamente se apoderó del tubo cilíndrico que despedía llamaradas azuladas, y se apartó del extraterrestre, arrojándose a un lado, fuera del alcance de sus peligrosos tentáculos.

-¡Dean...! -gritó Lemmon, viendo que el robot extendía uno de sus cilíndricos brazos hacia Steward, y abría las pinzas que lo remataban, para enviarle un rayo purpúreo y dejarlo inconsciente.

Steward ya se había revuelto hacia el robot, con el tubo desintegrador firmemente empuñado.

Presionó la parte central del arma, anticipándose al robot.

Instantáneamente, brotó por su boca una llamarada azulada, que chocó contra el rectangular cuerpo del ingenio mecánico.

El robot, por espacio de unos segundos, se tornó rojizo.

Luego, desapareció.

-¡Adiós, chatarra! -exclamó Rudy.

Steward se había vuelto hacia el alienígena, aun antes de que el robot se desintegrara.

Kuno, que continuaba en el suelo, estaba a punto de desenganchar uno

de los raros objetos que pendían de su ancho cinturón plateado.

-¡Quieto o te desintegro, Kuno! -ordenó Steward, apuntándole con el tubo.

El akoniano, sin el robot, no podía entender lo que le decía Steward, pero como era un ser inteligente, adivinó que el terrestre le estaba ordenando que no empuñara ninguna de sus armas.

Comprendiendo que la ventaja estaba de parte del terrestre, y que, si no obedecía, éste le enviaría una llamarada azulada, y lo desintegraría como al robot, alejó los extremos de sus tentáculos superiores del cinturón.

-Así está mejor, Kuno -dijo Steward, poniéndose «n pie.

Lemmon también se había levantado.

-¿Estás bien, Rudy? -inquirió Steward, sin apartar sus ojos de la figura del akoniano.

-Me duele un poco el hombro, pero ya se me pasará -respondió el rubio, oprimiéndoselo con la mano izquierda-. Lo importante es que tu plan funcionó. Tenemos el tubo desintegrador y mandamos al poderoso robot a jugar al póquer con Satanás.

Steward sonrió.

Después, ordenó:

-Arriba, Kuno.

El alienígena no se movió.

-No te entiende, Dean -dijo Lemmon.

-Pues hace un momento, cuando le ordené que se quedara quieto, sí me entendió -repuso Steward.

-Debió adivinar, por tu gesto, lo que decías.

-Bueno, pues le ordenaremos las cosas con gestos.

-Déjame a mí, Dean.

-¿Estás fuerte en mímica, Rudy?

-No mucho. Pero lograré que el pulpo me entienda, aunque sea a patadas.

CAPITULO IX

Rudy Lemmon dio un paso hacia el alienígena.

-¡Vamos, cara de orquesta, a erguirse tocan! -le ordenó, moviendo los brazos-. Lo de cara de orquesta es por el par de trompetas que tienes por orejas. El bueno de Louis Armstrong hubiera hecho diabluras con cualquiera de ellas. ¡Venga, levántate de una maldita vez! -volvió a ordenar, al tiempo que le propinaba un terrible pisotón en el extremo de uno de los tentáculos inferiores.

El akoniano emitió de nuevo un ronco sonido, y encogió al instante el miembro castigado.

-Duele, ¿eh? -dijo Rudy-. Pues como no te levantes inmediatamente, con el próximo pisotón te trituro la punta del tentáculo. ¡Vamos, en pie!

El extraterrestre debió entender los gestos del rubio, puesto que se irguió, aunque muy lentamente.

Lemmon rió.

-¿No te lo decía yo, Dean, Kuno me entiende mejor ya que a su propio padre. Suponiendo que no tenga varios, claro, porque tengo la impresión de que las akonianas deben ser unas zorras de aupa.

Steward sonrió.

-Ordénale que traigan aquí a las chicas, Rudy.

-En seguida.

Lemmon se acercó a la pantalla electrónica y señaló con el dedo a las muchachas.

-¡Eh, tú, boquita de piñón! -dijo, con gran sentido del humor, pues los labios de los akonianos eran largos y gruesos como salchichas-. Ya estás ordenando que suelten a nuestras hembras, como tú, que eres más basto que un bocadillo de bellotas, las llamas. Y que las traigan

aquí. ¡Venga, rápido, o te dejo cojo de una pata y te verás obligado a usar muletas!

Kuno dio un pequeño salto hacia el aparato, y accionó uno de sus dispositivos.

Seguidamente, habló en su lengua:

-Criac croac cree creac...

Inmediatamente, los dos alienígenas que empuñaban sendos látigos electrónicos, dieron un salto hacia las mujeres terrestres y abrieron las abrazaderas metálicas que las mantenían sujetas a la pared.

-Perfecto, comandante Ranita -dijo Lemmon, sonriendo.

Dean Steward también sonrió.

-Eres genial, Rudy.

-¿Verdad que sí?

-Kuno te entiende a la perfección.

-Gracias al pisotón -rió el rubio.

-¡Eh, Rudy! -exclamó, de pronto, Steward.

-¿Qué sucede? -respingó ligeramente Lemmon.

-Observa a las chicas.

-Ya lo estoy haciendo.

-Yo diría que nos oyen...

-Seguro, porque rápidamente se han cubierto el busto con los brazos, y no se deciden a volverse. Al igual que los dos akonianos han oído a Kuno, ellas nos están oyendo a nosotros.

-¡Lorena, Arlene! -llamó Steward, aproximándose más al aparato, para que su voz fuera captada con mayor nitidez.

-¡Dean! -exclamó Lorena Parker, volviendo la cabeza.

-¿Dónde estáis? -inquirió Arlene Dolan, girando la suya también.

-En una sala similar a la. vuestra, que se comunica con ésa por medio

de una pantalla electrónica -informó Steward-. Hemos desintegrado al robot, y tenemos a Kuno en nuestro poder. Le hemos obligado a ordenar que os soltasen.

-¡Bravo, valientes! -exclamó Arlene.

-Vestíos rápidamente, y dejad que esos dos alienígenas os conduzcan hasta nosotros.

-Y no temáis, que no os harán ningún daño -dijo Rudy-. Mientras tengamos al comandante de la nave en nuestro poder, estamos a salvo.

Lorena y Aliene, sin dejar de cubrirse el pecho con los brazos, corrieron hacia uno de los ángulos de la sala, donde yacían el resto de sus prendas.

Se las colocaron rápidamente, de cara a la pared.

Cuando estuvieron completamente vestidas, se volvieron hacia los alienígenas.

Los dos seres, sin embargo, no parecían dispuestos a moverse de donde estaban.

Rudy Lemmon miró duramente a Kuno.

-Ordena que las traigan aquí, a esta sala -dijo, gesticulando con los brazos, para que el akoniano le entendiera-. ¡Venga, rápido, o te arreo otro pisotón! -amenazó, elevando el pie.

Kuno habló nuevamente como una rana.

Al instante, los dos alienígenas dejaron caer los látigos electrónicos al suelo.

Uno de ellos saltó hacia una de las paredes, la cual comenzó a desplazarse hacia su izquierda tan pronto como el akoniano se plantó ante ella.

El extraterrestre salió de la sala.

Lorena y Arlene se apresuraron a seguirle, esforzándose por dominar el miedo que sentían, y que les agarrotaba las piernas.

El otro alienígena fue tras ellos.

A través de la pantalla, Dean y Rudy vieron cómo las chicas salían de

la sala.

Cuando el otro akoniano hubo salido también, la pared móvil volvió a su posición normal.

Poco después, era la de la sala que ocupaban Steward, Lemmon y Kuno la que se desplazaba silenciosamente hacia su izquierda.

Steward vigilaba con un ojo al akoniano y con el otro estaba pendiente del hueco que iba dejando la pared, por si los alienígenas intentaban alguna jugarreta.

Lorena y Arlene quedaron visibles.

Tras ellas, estaban los dos extraterrestres.

Las dos jóvenes corrieron hacia Dean y Rudy, echándose Lorena en brazos del primero y Arlene en los del rubio.

Kuno dijo algo.

Inmediatamente, los dos akonianos que habían conducido hasta allí a las muchachas trataron de empuñar los tubos cilíndricos que lanzaban rayos de luz amarillenta.

-¡Cuidado, Dean! -advirtió Lemmon.

Steward oprimió rápidamente la parte central del tubo desintegrador que arrebatara a Kuno.

La llamarada azulada alcanzó al ser de la derecha, el cual dejó caer instantáneamente su arma y se tornó rojizo.

El otro alienígena ya tenía el tubo en el extremo de su tentáculo superior derecho.

¡Apuntaba con él a Dean Steward!

¡Iba a lanzar el rayo de luz amarillenta!

Steward se arrojó al suelo, arrastrando con él a Lorena Parker.

El rayo que brotó del arma que empuñaba el akoniano pasó por encima de sus cuerpos; y fue a estrellarse contra una de las paredes de la sala.

El extraterrestre movió el tubo cilíndrico, dispuesto a enviar un

segundo rayo de luz amarillenta.

Dean Steward, desde el suelo, presionó la parte central del suyo.

El alienígena resultó alcanzado por la llamarada azulada, soltó inmediatamente el arma, se tornó rojizo y luego se desintegró, como poco antes sucediera con el otro akoniano.

Steward, todavía en el suelo, como Lorena Parker, ya estaba observando a Kuno.

El comandante de la nave no se había movido, ni había intentado empuñar arma alguna.

Sin duda, estaba perplejo por la gran habilidad que, para defenderse, estaban demostrando poseer los habitantes de la Tierra.

Steward volvió los ojos hacia la pared mecánica.

Se estaba desplazando hacia su derecha, para recuperar su posición normal.

La sala quedó nuevamente cerrada, sin que aparecieran más akonianos.

-Apodérate, de los tubos, Rudy -indicó Steward, poniéndose en pie-. Pueden hacernos falta.

Lemmon se soltó de los brazos de Arlene Dolan y se apresuró a recoger las armas que habían dejado caer al suelo los akonianos, antes de desintegrarse, y que habían quedado dentro de la sala, muy cerca de la pared móvil.

Esta empezó a desplazarse de nuevo.

-¡La pared se está moviendo! -advirtió Lorena, que ya se había incorporado, ayudada por Steward.

Rudy retrocedió rápidamente, con un tubo en cada mano, y apuntó con ellos hacia el hueco que iba dejando la pared.

Steward hizo lo propio con el suyo.

Ambos esperaban que apareciesen nuevos akonianos, pero no fue así.

Tan pronto como Lemmon retrocedió, la pared empezó a moverse en sentido contrario, hasta quedar pegada contra la pared de su derecha.

-¿Tú entiendes esto, Dean? -preguntó el rubio, extrañado.

-Creo que sí, Rudy. La pared empezó a moverse hacia su izquierda cuando tú te aproximaste a ella, y, cuando te alejaste, se desplazó hacia su derecha. Es decir, que se abrió para dejarte paso, pero como tú no querías salir, al hacerte para atrás, se cerró de nuevo.

-¿Quieres decir que, para que se abra, no hay más que acercarse a ella?

-Exacto.

-Qué pared tan lista...

-Rudy, a ver si consigues hacerle entender a Kuno que queremos salir de la nave -indicó Steward.

-No será difícil, porque él ya debe suponérselo -repuso Lemmon-. ¡Eh, comandante Ranita! -le gritó al akoniano-. Queremos largarnos de aquí, ¿entiendes? No sólo de esta sala, sino de la nave. Tú nos vas a conducir hasta la puerta del platillo volante, y como tus subordinados traten de cerrarnos el paso, tendremos pulpo akoniano en escabeche para cenar, porque eso es lo que haremos mi compañero y yo, escabecharlos a todos. Estás advertido, guapo. No creo necesario aclarar que lo de guapo es broma, porque Boris Karloff, a tu lado, era el dios Apolo. ¡Vamos, muévete! -ordenó el rubio, propinándole un empujón al extraterrestre-. Y los saltitos, moderados, ¿eh?, que no se trata de ganar ninguna carrera. Como intentes jugárnosla, te arrepentirás. ¡Venga, camina!

Kuno, dando pequeños saltos, fue hacia la pared móvil, seguido de cerca por Dean, Rudy, Lorena y Arlene.

La pared se desplazó hacia su izquierda.

El akoniano salió de la sala.

También Steward, Lemmon y las chicas.

Se encontraron en un extraño corredor.

-Por aquel lado nos trajeron a nosotras, Dean -dijo Lorena Parker, señalando hacia su izquierda.

Kuno, sin embargo, avanzó hacia su derecha.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene le siguieron, sin dejar de mirar hacia

ambos lados del corredor, porque temían que, de un momento a otro, se dejasen ver los akonianos, empuñando sus armas.

Sin embargo, no fueron los akonianos los que se dejaron ver por la parte derecha del corredor.

Fue otra cosa.

Lorena y Arlene se llenaron de terror.

Y también de desconcierto.

No obstante, los más desconcertados eran Dean Steward y Rudy Lemmon.

Sí, porque quien acababa de aparecer en el extraño corredor era... ¡el robot!

CAPITULO X

Sí.

El robot.

Dean Steward lo había hecho desaparecer, hacía tan sólo unos minutos, con el tubo desintegrador.

Sin embargo, allí estaba, despidiendo por su ojo rectangular aquella luz verde, suave, con intermitencias.

¿Cómo diablos era posible aquello?

-¡Dean! -gimió Lorena Parker-. ¿No dijisteis que habíais desintegrado al robot...?

-¡Claro que lo desintegramos! -asintió Steward.

-¡Lo vimos desaparecer con nuestros propios ojos! -corroboró Lemmon, que no salía de su asombro.

-Debe tratarse de otro robot, idéntico al primero -adivinó Steward.

-¡Cárgatelo también, Dean! -gritó Rudy.

Steward se dispuso a presionar la parte central del tubo desintegrador.

Demasiado tarde.

Habían perdido unos segundos preciosos, a causa de la sorpresa que les produjo la aparición del ingenio mecánico, y el ojo de éste ya estaba emitiendo, sin intermitencias, una luz mucho más brillante y potente.

Al igual que ocurriera en la sala exagonal, en cuyo centro se encontraba la jaula metálica, aquel poderoso foco de luz, cegadora, irresistible para los ojos de los terrestres, no sólo deslumbró totalmente a Dean, Rudy, Lorena y Arlene, sino que inutilizo las armas que los dos primeros empuñaban..

Steward intentó repetidas veces que por la boca del tubo desintegrador surgiese una de aquellas llamaradas azuladas, pero fue inútil.

Tampoco Lemmon consiguió que los suyos despidiesen los rayos de luz amarillenta, aunque éstos, seguramente, no hubiesen podido inutilizar al poderoso robot.

De las diminutas celdillas que en la parte media del cuerpo tenía el robot, el cual había ido acercándose a ellos, empezaron a surgir luces multicolores y destellantes, como la vez anterior, acompañadas, también como entonces, por un extraño zumbido intermitente.

Los efectos de aquella infinidad de luces fueron idénticos a los de la otra vez.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene comenzaron a sentir unos agudos pinchazos en el interior de la cabeza.

Gritaron los cuatro, con desesperación.

Segundos después caían al suelo, oprimiéndose con fuerza la cabeza.

No tardaron mucho en desvanecerse, incapaces de resistir por más tiempo aquella serie de terribles y continuos aguijonazos en el cerebro.

* * *

Como la vez anterior, empezaron a recobrarse los cuatro al mismo tiempo.

Con fuerte dolor de cabeza, como entonces.

Estaban de nuevo presos en la jaula metálica.

-Por los bigotes de cien docenas de focas... -masculló Rudy Lemmon, oprimiéndose las sienes-. Tengo la cabeza como si hubiesen jugado un partido de fútbol con ella las selecciones de Europa y América.

-Pues la mía no está mejor... -rezongó Dean Steward.

-El robot nos ha vuelto a exprimir el cerebro -adivinó Lorena Parker.

-Lo cual confirma que yo estaba en lo cierto -dijo Steward-. Se trata de otro robot, idéntico al que desintegramos.

-Si esos robots son tan poderosos que pueden inutilizar las armas de los akonianos, ¿cómo pudisteis desintegrar al otro? -preguntó Arlene Dolan.

-Eso mismo me estaba preguntando yo -dijo Lorena.

Steward explicó:

-Rudy se arrojó contra él y le propinó un fuerte golpe con el hombro, derribándolo, al tiempo que yo saltaba sobre Kuno y le arrebataba el tubo desintegrador. Estos robots no pueden levantarse por sí solos; ni siquiera mover el cuerpo o la cabeza; sólo los brazos. Y, por lo visto, para inutilizar las armas tienen que tenerlas al alcance de su ojo. Entonces, aumentan la potencia de la luz verde, ésta deja de ser intermitente, y ya está, armas inutilizadas. Como desde el suelo, el robot no podía enfocarme con su ojo, trató de dejarme inconsciente con uno de esos rayos que lanza por el orificio que queda visible cuando abren las pinzas, pero yo hice funcionar antes el tubo desintegrador, y la llamarada azulada lo hizo desaparecer en pocos segundos.

-Lástima que no haya servido de nada... -murmuró Lorena.

-Absolutamente de nada -suspiró Arlene-. Estamos como al principio, encerrados en la jaula...

-No me lo recuerdes, Arlene, que me vuelve el complejo de mono -dijo Rudy.

-¿Qué os hicieron en aquella sala, Dean? -preguntó Lorena.

Steward y Lemmon les contaron lo de los cinturones electrónicos.

-¡Qué espantoso...! -exclamó Lorena.

-Debisteis sufrir horriblemente... -susurró Arlene, tan horrorizada como Lorena.

-Sí, no fue agradable, no -dijo Steward.

-De todos modos, era preferible eso a lo otro -dijo Lemmon-. Si a Kuno no se le hubiese ocurrido lo de azotaros a vosotras con látigos electrónicos, Dean y yo hubiésemos seguido prefiriendo la tortura de los cinturones electrónicos a caer en los tentáculos de las horrorosas akonianas. Pero cuando Kuno nos hizo ver a través de la pantalla, lo que aquellos dos akonianos se disponían a hacer con vosotras...

Lorena y Arlene agrandaron los ojos, sorprendidas.

-¿Os hizo eso cambiar de idea...? -preguntó la primera.

-Desde luego -respondió Steward-. Kuno nos aseguró que, si accedíamos a sus deseos, no os harían ningún daño. No podíamos permitir que cometiesen semejante atrocidad con vosotras, así que accedimos. Después, cuando Kuno, tras haber abierto las abrazaderas que me tenían sujeto a la pared, me ordenó que abriera yo las dé Rudy, pensé que no debía desaprovechar la oportunidad que me brindaba de poder decirle algo al oído, disimuladamente, a Rudy, y así lo hice. Debíamos intentar sorprender a Kuno y al robot, y Rudy no dudó un solo instante en secundar mi plan. Nos acompañó la suerte y. logramos nuestro propósito, aunque, desgraciadamente, no sirviese de nada, porque más tarde apareció el otro robot y...

-Y nos hizo la pascua -rezongó Rudy.

Lorena Parker miró a los ojos a Dean Steward.

-¿Qué va a pasar ahora, Dean?

-Es fácil de suponer... Kuno y el robot aparecerán de un momento a otro, y por mediación de éste, Kuno nos recordará lo que desea de Rudy y de mí, y nos recordará también que, si nos negamos, Arlene y tú seréis azotadas hasta morir con los látigos electrónicos.

-¿Y vosotros...? -inquirió Lorena.

-No tendremos más remedio que someternos a sus deseos -suspiró Steward.

Lemmon masculló:

-Ya estoy rezando para que las akonianas no nos salgan besuconas, porque con esos labios que tienen, que parecen dos canelones recién sacados del horno, cada beso debe ser un verdadero suplicio.

Steward sonrió.

Lorena y Arlene, en cambio, continuaron serias, muy serias, con los ojos brillantes, como si estuviesen a punto de llorar.

-Dean... -murmuró la primera.

-¿Sí?

-No podemos permitir que os sometáis a los deseos de Kuno, por nosotras. ¿Verdad que no, Arlene?

-Por supuesto que no -asintió la atractiva pelirroja-. Dean y Rudy ya han hecho demasiado por nosotras.

-No tenemos alternativa, Arlene -manifestó Lemmon-. Si Dean y yo nos negamos, os azotarán cruelmente, hasta morir...

-No podrán azotarnos, Rudy -repuso Lorena Parker, con extraña voz-. Y si lo hacen, no sentiremos ningún dolor, porque Arlene y yo... estaremos muertas.

-¿Qué...? -exclamó Steward, con gesto de estupor.

-¿Muertas, has dicho...? -inquirió Lemmon, estupefacto también.

Arlene miraba a Lorena.

Evidentemente, ella tampoco comprendía las palabras de su amiga.

Lorena, demostrando un aplomo que hasta entonces no había exhibido, tomó las manos de Steward y le obligó a que le rodeara el cuello con ellas.

Entonces, rogó:

-Aprieta, Dean... Con todas tus fuerzas...

* * *

El estupor de Dean Steward aumentó.

Rudy Lemmon abrió la boca como un idiota.

El gesto de Arlene Dolan también era de absoluta perplejidad.

Steward murmuró:

-¿Me estás pidiendo que te estrangule, Lorena...?

-Sí -respondió ella, serenamente.

-Lorena...

-Es la mejor solución, Dean. Arlene y yo moriremos de todos modos, porque no les servimos para nada a los akonianos. Es, por tanto, un sacrificio inútil el que Rudy y tú os sometáis a los deseos de Kuno. Si tú acabas conmigo, y Rudy con Arlene, Kuno ya no podrá amenazaros con azotarnos hasta morir con los látigos electrónicos, y vosotros ya no tendréis razón alguna para hacer lo que él desea.

-Pero...

-Te lo ruego, Dean... Puesto que hemos de morir de todos modos, prefiero que seas tú quien ponga fin a mi vida, en lugar de esos horribles seres de Akón.

Sobrevino un silencio.

Steward y Lemmon se miraron.

Arlene tomó las manos del rubio y, al igual que había hecho Lorena con Dean, le obligó a que le cercase el cuello con ellas.

Con lágrimas en los ojos, rogó:

-Aprieta, Rudy, muy fuerte...

-Arlene... -murmuró Lemmon.

-Estoy completamente de acuerdo con Lorena, lo mejor para todos es

que acabéis con nosotras.

Steward y Lemmon cambiaron otra mirada.

-¿Tú qué opinas, Rudy?

-Creo que las chicas tienen razón, Dean. Los akonianos las matarán; con mayor o menor sufrimiento, pero es seguro que acabarán con ellas. Y con nosotros, si nos negamos a hacer lo que Kuno desea. Por tanto, lo mejor es que pongamos fin a las vidas de Lorena y Arlene. Después, tú puedes acabar conmigo, o yo contigo, como prefieras, y el otro, se quitará la vida abriéndose las venas con el cierre de tu llavero. Así evitaremos que Kuno nos coloque de nuevo los cinturones electrónicos o nos someta a otras torturas similares.

Steward asintió con la cabeza.

-Estoy de acuerdo contigo, Rudy. Será muy duro para nosotros acabar con ellas -murmuró, mirando a Lorena-, pero, como Arlene dice, es lo mejor para todos.

-Sí, va a ser muy duro... -convino Lemmon, mirando a Arlene.

Lorena, en cuyos ojos habían asomado también las lágrimas, musitó:

-Dean, ¿te importaría darme un beso antes de...?

Dean Steward unió su boca a la de Lorena Parker.

-Bésame, Rudy -pidió Arlene-. ¡Muy fuerte!

Rudy Lemmon la besó.

Dean y Lorena fueron los primeros en separar sus bocas.

-De prisa, Dean -rogó ella, con voz quebrada por la emoción-. Kuno puede aparecer de un momento a otro.

Arlene, separando sus labios de los de Rudy, murmuró:

-Sí, no hay tiempo que perder.

Las manos de Dean Steward empezaron a presionar en el cuello de Lorena Parker.

Las de Rudy Lemmon, en el de Arlene Dolan.

Lorena y Arlene cerraron los ojos.

Sus rostros empezaron a congestionarse.

Unos segundos más de presión, y ambas dejarían de existir.

De pronto, como si Dean y Rudy se hubiesen puesto de acuerdo, las manos de ambos dejaron de presionar, al mismo tiempo.

Lorena Parker abrió los ojos.

También Arlene Dolan.

-Dean... -murmuró la primera.

Steward sacudió la cabeza.

-No puedo hacerlo, Lorena, no puedo...

-Tampoco yo, maldita sea -masculló Lemmon.

-¡Debéis hacerlo, Dean! -insistió Lorena.

-Lo siento, es superior a mis fuerzas -respondió Steward-. No soy capaz de estrangular a nadie, y mucho menos a ti, porque... Bueno, no viene al caso explicar el porqué.

-¡Oh, Dean! -exclamó la joven, refugiándose en el pecho masculino.

Steward la estrechó contra sí, con fuerza, y la besó cariñosamente en el cuello.

Lemmon miró a Arlene Dolan.

-Tampoco yo tengo valor para acabar contigo, Arlene.

-Rudy... -musitó la pelirroja, y se abrazó a él, sollozando.

Lemmon la oprimió contra su pecho y le acarició el cabello.

La pared mecánica comenzó a desplazarse hacia su izquierda.

Dean Steward fue el primero en percatarse de ello.

-Rudy... -dijo, mirando hacia la pared.

El rubio miró también hacia allí.

-Ya los tenemos ahí -masculló, apretando los maxilares.

La pared acabó, de abrirse y Kuno se introdujo en la sala, seguido por el robot.

Después, la pared se cerró.

Kuno dio un nuevo salto y se plantó a un metro escaso de la jaula metálica.

El robot se detuvo cuando estuvo a su lado.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene, se habían puesto en píe, y observaban fijamente al comandante de la nave.

Kuno habló en su lengua, y el robot tradujo:

-Nos habéis causado muchos problemas, terrícolas. Primero, golpeasteis, y luego dejasteis inconsciente, con un de sus armas, a un akoniano; después, me golpeasteis a mí y desintegrasteis a uno de los tres robots que cada nave akoniana lleva a bordo; más tarde, desintegrasteis a otros dos akonianos.

-Nuestro error fue no desintegrarte a ti junto con el robot, maldito -masculló Steward.

-¡Sí, debimos empezar por ti, rata de cloaca! -rugió Lemmon.

Cuando el robot hubo traducido las palabras de los terrestres, Kuno repuso:

-Comprendo que me odiéis, terrícolas, por haberos torturado con los cinturones electrónicos, pero quisiera que también vosotros comprendierais que no podía obrar de otro modo. Nuestra especie corría el peligro de extinguirse, y yo tenía el deber de hacer cuanto estuviese en mi mano para tratar de evitarlo. Afortunadamente, el problema ya está resuelto.

-¿Qué quieres decir, Kuno? -inquirió Steward.

-Que ya no necesitamos seres varones de la Tierra ni de ningún otro planeta habitado por seres más o menos semejantes a nosotros, porque nuestros científicos han descubierto, al fin, el modo de combatir el extraño virus que afecta nuestros órganos reproductores.

Dean, Lorena, Rudy y Arlene se miraron entre sí, con una luz de esperanza en los ojos.

Kuno prosiguió:

-Acabamos de recibir un mensaje de Akón, dándonos la feliz noticia, y ordenándonos suspender la búsqueda de seres semejantes a nosotros y emprender el regreso a Akón. Las otras naves también han recibido sendos mensajes.

Steward. se pasó la lengua por los labios e inquirió:

-¿Qué piensas hacer con nosotros, Kuno?

-Dejaros en libertad.

-¿De veras...? -exclamó Rudy, respingando.

-Sí, pese a que habéis dado muerte a dos akonianos. Pero era lógico y natural que luchaseis por vuestra libertad. Y lo hicisteis muy bravamente, por cierto.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene volvieron a mirarse, con los ojos brillantes.

Sin embargo, ninguno dijo nada.

La emoción que sentían les impedía hablar.

Kuno dio un salto hacia la jaula y la abrió.

Dean, Rudy y las chicas salieron de ella.

Kuno les indicó que le siguieran.

Así lo hicieron.

Abandonaron la sala exagonal, seguidos silenciosamente por el robot.

Kuno los condujo hasta la puerta de la nave.

La puerta empezó a abrirse, al tiempo que una rampa surgía de debajo de ella, lenta y silenciosamente.

Dean, Rudy, Lorena y Arlene pudieron comprobar que la nave extraterrestre continuaba posada en el mismo lugar.

Descendieron por la rampa y se alejaron rápidamente del platillo volante.

Cuando se detuvieron y volvieron la cabeza, la rampa había desaparecido y la puerta se había cerrado.

Segundos después, surgía un resplandor rojizo de debajo de aquella especie de gigantesco disco metálico que era la nave akoniana, y ésta se elevaba hacia el cielo, primero, a poca velocidad, y luego, con una potencia realmente asombrosa.

El disco fue haciéndose cada vez más pequeño, hasta convertirse en un punto diminuto.

Finalmente, desapareció por completo en el cielo.

EPILOGO

Los cuatro continuaban mirando al cielo.

-Ya no se ve... -murmuró Lorena Parker.

-Sí, ha desaparecido -dijo Dean Steward.

-Qué velocidad tan fantástica... -exclamó Arlene Dolan.

-Y pensar que nos hemos librado por los pelos de viajar en ese platillo volante... -dijo Rudy Lemmon.

-Me pregunto si todo esto no será fruto de una espantosa pesadilla... -bisbiseó Lorena.

-Ojalá hubiese sido sólo un sueño, Lorena -dijo Steward-. Pero no, todo ha sido real.

-Nosotros sabernos que sí, que no ha sido una pesadilla, pero... ¿quién nos creerá cuando le contemos la fantástica aventura que hemos vivido? -repuso Arlene.

-Nadie, eso, seguro -dijo Steward.

-Lo mismo pienso yo -manifestó Lorena.

-Lo mejor será que no se lo contemos a nadie -opinó Rudy-. Be lo contrario, nos exponemos a que nos tomen por locos y nos metan a los cuatro en un manicomio.

Steward sonrió.

-Será mejor que volvamos a la casa.

Empezaron a caminar los cuatro entre los árboles.

Cuando divisaron la casa, se sorprendieron al ver que estaba iluminada.

-¡Las luces de la casa vuelven a estar encendidas, Dean! -exclamó Rudy.

-Apuesto a que también los coches funcionan -dijo Steward.

-¿Y los encendedores...?

-Seguro.

Lemmon extrajo rápidamente el suyo y lo accionó.

La llama surgió al instante.

-¡Funciona, Dean!

-¿No te lo decía yo? -sonrió Steward-. Mira, el mío también funciona -añadió, accionándolo.

-¿Cómo se explica esto, Dean...?

-Los akonianos absorbieron la electricidad de la casa y sus alrededores, pero sólo durante un rato. Por eso vuelve a funcionar todo normalmente.

Llegaron a la casa.

Dean Steward comprobó que el motor de su coche se ponía en marcha instantáneamente, que los faros se encendían y que la radio funcionaba.

Lo mismo sucedía con el automóvil de Lorena Parker.

Rudy Lemmon dijo:

-Estaréis contentas, ¿no? Ahora ya nada os impide huir de nosotros.

-Ya no queremos huir de vosotros -dijo Arlene, sonriendo-. ¿Verdad que no, Lorena?

-Claro que no -sonrió también Lorena Parker-. Dean y Rudy son buenos chicos. Por eso accederemos a entrar en la casa y tomar una copa con ellos. Suponiendo que nos inviten...

-¡Naturalmente! -exclamó Steward, riendo.

Entraron los cuatro en la casa y pasaron a la sala de estar.

Mientras Lorena y Arlene se acomodaban en el diván, Rudy corrió las cortinas del ventanal y Dean preparó las bebidas.

Poco después, los cuatro estaban sentados en el diván.

Muy callados.

Lógico.

Dean y Lorena se estaban besando.

Rudy y Arlene, también.

De pronto, Dean Steward separó sus labios de los de Lorena Parker y, muy serio, dijo:

-¿Quieres casarte conmigo, Lorena?

-¡Dean! -exclamó ella, sorprendida.

-¿Quién ha hablado de boda? -respingó Rudy.

-Yo -sonrió Steward.

Lemmon puso una cara muy rara.

-¿Seguro que te encuentras bien, Dean...?

-Perfectamente, Rudy. En la nave de los akonianos, precisamente cuando apretaba su cuello con mis manos, me di cuenta de que me había enamorado de Lorena. No se lo dije entonces porque creí que jamás saldríamos con vida de allí, pero se lo digo ahora, que ya no corremos ningún peligro. ¿Qué me respondes, Lorena?

El bello rostro de la joven resplandecía de felicidad.

-Que yo también te quiero, Dean, y me hace muy feliz tu proposición.

-Entonces, no se hable más -dijo Steward, y la besó largamente en los

labios.

-Nada, que lo de la boda va en serio -rezongó Lemmon, perplejo.

-Deberías tomar ejemplo, Rudy -dijo Arlene, sonriendo.

Lemmon la miró.

-¿Qué quieres decir?

-Que deberías hacer lo mismo que Dean.

-¿Casarme...? -respingó el rubio.

-Sí.

Rudy sacudió la cabeza.

-Yo quiero ser libre, Arlene.

-Para poder divertirte cada noche con una chica distinta, ¿verdad? -replicó ella, ceñuda.

Lemmon carraspeó.

-Bueno, tanto como cada noche...

-Eres un sinvergüenza, Rudy.

-Vaya, hombre, ya empezamos otra vez -rezongó el rubio.

-Deberías avergonzarte de pensar así.

-¿Avergonzarme de querer ser libre como un pájaro...?

-Hay miles de pájaros enjaulados, y también son felices.

-Bueno, es que hay muchas clases de pájaros...

-Claro. Hasta los hay de cuenta, como tú.

-Arlene, por favor... -rogó Lemmon.

-Está bien, allá tú con tu manera de pensar. Pero a mí no vuelvas a besarme ni a acariciarme, ¿estamos?

Lemmon, tras observarla fijamente durante unos segundos, dijo:

-Arlene, tú me gustas, me gustas mucho, pero...

-Pero no lo suficiente como para casarte conmigo.

-Creo que no resultaría, Arlene.

-¿Por qué no?

-Me gusta la libertad, ya te lo he dicho. Y eso de encerrarme para siempre en la jaula del matrimonio...

-En muchos casos, es una jaula maravillosa, Rudy -repuso Arlene, sonriéndole amorosamente.

-No me sonrías así, Arlene, o acabarás convenciéndome.

-Estoy segura de que sabría hacerte feliz, Rudy.

-Sí, creo que sí.

-¿Probamos, entonces...?

-Maldita sea... -masculló Lemmon, abarcándola por la cintura-. ¿No dije que acabarías convenciéndome?

-¡Rudy! -exclamó Arlene, radiante de alegría, al tiempo que le cercaba el cuello con sus brazos.

Lemmon la besó ardorosamente.

Dean y Lorena, entre beso y beso, lo habían escuchado todo, pero no habían querido terciar en la conversación.

De pronto, la luz de la pantalla se apagó.

-¡Los akonianos han vuelto! -gritó Arlene.

-Tranquila, Arlene, que esta vez no es cosa de los akonianos, sino de Rudy -adivinó Steward.

-¿De veras...? -exclamó Lorena, que también se había asustado.

-Sí, he sido yo -confesó Lemmon.

-¿Por qué has apagado la pantalla, Rudy? -preguntó Arlene.

-¿Qué pregunta tan tonta -respondió Lemmon, y seguidamente le selló los labios con un ardiente beso.

Dean y Lorena rieron.

Pero sólo durante unos pocos segundos.

Después, también ellos unieron sus bocas en un prolongado beso.

F I N